

IDS MILY UND NOCHE



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes

**MÁS MIL Y
UNA NOCHES**

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El censor,
Franc.º de P. Rivas y Servet
Presbítero

Barcelona 21 de Octubre 1914

IMPRÍMASE

El Vicario Capitalar,
José Palmarola

Por mandato de Su Sñía.,
Lic. Salvador Carreras, Pbr.
Srlo. Canc.



—¡Sésamo, ábrete!!

23840

MÁS MIL Y UNA NOCHES

1.20
NARRADAS A LOS NIÑOS

POR

C. G.

CON ILUSTRACIONES DE

ALBERT



114 X 142
CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 ; BARCELONA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Historia de Ali Babá y los cuarenta ladrones. . .	7
Historia del caballo encantado	22
Historia de Aladino o de la lámpara maravillosa	37
Historia del ciego Abdalá	76
Historia de Sidi Noman	86
Historia de Cofía Hassan	94
Historia del Príncipe Amed y de la Hada . . .	104

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Firuz saltó sobre la grupa del caballo . . .	<i>Frontis</i>
--	----------------

	<u>Páginas</u>
—¡Sésamo ábretel	8
...y empezó a elevarse por los aires	35
—¿Qué es lo que deseas?	47
—y apenas bebió de la copa...	72
...pronunció después unas palabras misteriosas .	79
...la bruja arrancó de él grandes pedazos... . .	88
...el milano se arrojó sobre él y me lo llevó....	95
Sentáronse los Príncipes sobre la alfombra. . .	112

MAS MIL Y UNA NOCHES

I

HISTORIA DE ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES.

En una ciudad de los confines de la Persia vivían dos hermanos : el menor, llamado Cassim, estaba casado con una mujer muy rica ; y el mayor, llamado Alí Babá, era pobre y estaba casado con una mujer muy pobre. Este último se ganaba la vida cortando leña por los montes y yendo a venderla a la ciudad, cargándola sobre tres asnos que constituían toda su fortuna.

Estando un día Alí en el bosque, entregado a su labor, vió venir a lo lejos un grupo de hombres, y temiendo que fuesen foragidos dejó los asnos y subió a esconderse en la copa de un árbol. Cuando los jinetes llegaron al pie del árbol donde se refugiaba Alí, pudo éste cerciorarse de que eran ladrones, pues todos venían armados hasta los dientes y traían un

cuantioso botín que descargaron allí mismo. Después, el que parecía capitán se acercó a una gran peña que cerca estaba y dijo con voz de trueno :

—¡ Sésamo, ábrete !

Al conjuro de estas palabras se abrió en el peñasco una gran puerta por la que entraron los ladrones, cargados con los sacos que habían traído. Allí, lleno de miedo iba ya a bajarse del árbol para huir de tan peligroso sitio, cuando vió que salían de la roca los malhechores y que el capitán decía :

—¡ Sésamo, ciérrate !

Apenas Alí perdió de vista a los bandidos, se bajó del árbol y, acercándose a la roca, dijo :

—¡ Sésamo, ábrete !

Se abrió inmediatamente la puerta, y el leñador entró en un local espacioso, lleno de ricas telas, de joyas y de sacos repletos de oro y plata. Llenó los sacos que pudo y salió a cargar con aquellas riquezas a sus tres asnos. Una vez fuera, dijo, mirando a la roca :

—¡ Sésamo, ciérrate !

Arreó a los asnos en dirección a la ciudad, y cuando llegó a casa contó a su mujer cómo

había adquirido tantas riquezas ; le añadió que iba a enterrarlas inmediatamente para tenerlas bien seguras ; pero ella quiso saber a cuánto ascendía el capital y, como no tenía medida en casa, se obstinó en ir a pedir una a casa de su cuñada ; ésta se extrañó mucho al ver que siendo tan pobre su parienta tuviese algo que medir y para saberlo, ya que la esposa de Alí nada le quiso indicar, untó con sebo el interior de la medida.

Tan pronto como la esposa de Alí devolvió la medida, Cassim y su mujer fueron a examinarla y vieron que se había adherido al borde una moneda de oro, por lo cual concibieron mucha envidia, creyendo que sus parientes medían el oro como si fuese trigo.

Fué Cassim a decir a su hermano que le explicase aquel cambio de fortuna, y tanto le instó que Alí Babá le refirió ce por be todo lo que le había sucedido. Como Cassim era muy avaro y ambicioso, al día siguiente al amanecer se fué con diez mulas y diez cofres al bosque donde estaba la cueva y acercándose a ella dijo con voz de mando :

—¡ Sésamo, ábrete !

Se abrió la roca, y Cassim penetró resuelta-

mente en medio de aquellas riquezas que le dejaron deslumbrado. Se dedicó a escoger lo más rico y precioso que encontró y cargó las mulas con ello. Fué luego hacia la puerta lleno de satisfacción y proyectando lo que haría con tantísima riqueza ; mas al llegar a la salida se le olvidaron las palabras que tenía que decir y por más vueltas que dió a su cerebro no le fué posible encontrar la frase mágica. Hallándose en esta situación, cada vez más amedrentado y confuso previendo la suerte que le esperaba, entraron los ladrones, alfange en mano, y viendo allí a un intruso que trataba de esconderse le acribillaron a cuchilladas. Vaciaron los sacos que Cassim había llenado y celebraron consejo para explicarse cómo aquel hombre había podido penetrar allí. Después de muchas averiguaciones, convinieron en que alguien había averiguado su secreto, y para escarmentar a los demás, descuartizaron el cadáver de Cassim y clavaron los pedazos a la entrada de la cueva.

A todo esto, viendo la mujer de Cassim que su marido no llegaba, se fué a exponer su cuita a Alí Babá, el cual le dijo que no se asustase

porque era muy posible que Cassim esperase a la noche para entrar en la ciudad sin que nadie le viese ni descubriese el tesoro que traía. La desconsolada mujer volvió a su casa y como pasase la noche y amaneciese el día siguiente, sin que Cassim apareciera por ningún lado, empezó a llorar a lágrima viva ; pero cuidando de ahogar los gritos para que no se enterase el vecindario. Desesperada ya, volvió a casa de Alí y le rogó que fuese en busca de Cassim. Fué el buen hombre hacia la cueva, lleno de inquietud y zozobra, y quedó espantado al ver el cuerpo de Cassim dividido en cuatro partes y clavado en la roca. Recogió los miembros y cargó un burro con ellos, cargando después los otros tres con sacos de oro, y volviendo triste y apenado a casa. Informó a su mujer de lo que ocurría y marchó a casa de su cuñada con el asno que conducía el cadáver.

La esposa del difunto tenía una esclava joven, hermosa, dispuesta y de un talento muy fecundo en recursos ingeniosos. Esta fué la esclava que salió a abrir a Alí, apenas él llamó a la puerta.

—Margiana—le dijo Alí—, aquí traigo desuartizado el cuerpo de tu amo ; es preciso que

nadie sepa nada de esto y que le demos sepultura lo mismo que si hubiese muerto de muerte natural. Avisa a tu ama y dile que necesito hablarle en secreto.

Apenas Alí Babá estuvo en presencia de la desconsolada viuda, ella le acosó a preguntas ; mas él le recomendó silencio y tranquilidad y le contó todo lo que los ladrones habían hecho con su marido, añadiéndole :

—Ya sabéis que la ley de Mahoma nos permite tener varias mujeres, así es que para consolaros os suplico que aceptéis la proposición que os hago de tomaros por esposa, y en mi casa podréis vivir tranquila y feliz.

La buena mujer aceptó el partido que le proponía Alí, y al punto dejó de llorar y empezó a discurrir cómo se arreglaría con el cadáver de su querido Cassim ; pero Alí, que conocía el talento de Margiana, la mandó venir y le ordenó que se encargase de hacer creer a todos que la muerte de Cassim había sido natural, y él se retiró a su casa montado en el asno.

Margiana, sin perder tiempo, se encaminó a la botica y pidió una droga que era eficacísima para las enfermedades más peligrosas.

El boticario se la entregó, preguntándole quién era el enfermo.

—¡Ay de mí, es mi amo Cassim, que está ya casi agonizando!—respondió Margiana—. Le dió un ataque repentino ; no sé que va a ser de él.

Al poco rato volvió a la botica, más compungida y llorosa que la vez anterior, y pidió una medicina que sólo se administraba en último extremo.

—¡Pobres de nosotros—exclamó Margiana—creo que esta droga no va a ser más eficaz que la anterior ! ¡ Mi amo se muere sin remedio ! ¡ No sé si le encontraré ya con vida ! ¡ Qué desgracia tan grande !

Cuando se extendió por el vecindario la voz de que había muerto Cassim, nadie se extrañó, porque ya habían visto a todos sus parientes llorosos y cariacontecidos. Margiana entonces fué a casa de un anciano zapatero, le dió una moneda y le dijo :

—Buen Mustafá, traed los útiles para coser y venid conmigo ; pero os advierto que cuando lleguemos a cierto lugar os vendaré los ojos.

—¡ Oh, no, no acepto vuestra proposición ! —exclamó Mustafá—. Me parece que tratáis

de obligarme a hacer algo contra mi conciencia y mi honradez.

—Nada de eso—replicó Margiana, dándole otra moneda—. Acompañadme y no temáis.

El zapatero siguió a la joven, y cuando llegaron junto a la casa de Cassim, la esclava le vendó los ojos y le introdujo hasta donde estaba el cadáver. Mustafá lo cosió, recibió otra moneda de oro y volvió a salir vendado hasta lejos de la morada. Después lavaron el cadáver, lo colocaron en un ataúd, y Margiana fué a la mezquita a avisar para que le diesen sepultura cuando quisiesen. Se hizo un gran entierro, en el que todos se mostraron muy afligidos, y después la viuda se fué a vivir con Alí, cosa que a nadie extrañó por ser frecuente entre los musulmanes.

Entre tanto los ladrones descubrieron, por la merma del dinero, que habían sido robados y resolvieron averiguar quién conocía el secreto para darle muerte. A este fin enviaron un ladrón disfrazado con objeto de que recorriese la ciudad y averiguase astutamente si se hablaba o no de la muerte de Cassim.

Apenas despuntó la aurora, empezó el bandolero a recorrer las calles de la ciudad y fué

a dar casualmente a la tienda de Mustafá el cual ya estaba trabajando.

—Muy de madrugada se pone al trabajo, buen hombre—dijo el ladrón—, me extraña que pueda ver para coser esas babuchas.

—Aunque soy bastante anciano, aun tengo bastante vista para coser. No hace mucho cosa un muerto en un sitio en donde había menos claridad que aquí—respondió Mustafá.

—Es raro eso de coser un muerto—continuó el ladrón, que ya había dado con lo que buscaba—. ¿Y cómo fué ello, si se puede saber?

—El caso es que yo... debía de callarme y así lo prometí...

Entonces el ladrón puso dos monedas de oro en la mano del zapatero, y éste le dijo lo poco que sabía acerca del caso ; añadiendo que como le habían vendado los ojos al entrar en la casa del difunto, no le era posible dar muchos informes. El bandido le prometió buena propina y propuso vendarle y acompañarle por las mismas revueltas que se acordara haber andado, para ver si así acertaba con la casa. Accedió a ello Mustafá y salió con el ladrón, dejándose vendar donde le había ven-

dado Margiana, y luego continuó hasta un lugar en donde se paró y dijo :

—Creo que no pasé de aquí.

Los dos estaban delante de la casa de Cassim ; mas como ignoraban quien vivía en ella, el bandolero despidió a Mustafá y después señaló con tiza la puerta de aquella casa, retirándose al bosque a dar a sus compañeros cuenta de lo que había averiguado.

Cuando Margiana salió a hacer sus compras, al ver la señal que en la puerta había y sospechando que quisiesen hacer alguna maldad a sus amos, cogió un pedazo de yeso e hizo el mismo signo en varias casas próximas. Llegaron aquella noche los ladrones y se confundieron al ver tantas señales, teniendo que volverse sin ejecutar sus perversos designios. Al otro día comisionaron a otro de la cuadrilla, con el mismo objeto que el primero, el cual sobornó también a Mustafá y señaló la casa con pintura roja ; pero Margiana repitió la misma operación, quedando de nuevo burlados los malhechores. En vista de los dos fracasos, el capitán, que ya echaba espumarajos de rabia por la boca, determinó hacer por sí mismo las investigaciones ; sobornó a Mustafá,

tomó bien las señas del edificio y regresó a la cueva. Una vez allí reunió a sus gentes y les ordenó que comprasen veinte mulas y cuarenta grandes pellejos de aceite, uno lleno y los demás vacíos. Apenas estuvo todo listo para la partida, mandó que se armasen bien y que se metiese cada uno dentro de un pellejo. Abrió un pequeño boquete para que respirasen, cargó las mulas con los ladrones y el pellejo de aceite y se dirigió a casa de Alí, a quien pidió por favor que le dejase pasar allí la noche, porque las posadas estaban llenas. Como el capitán iba disfrazado de aceitero, Alí no pudo reconocerle, así que le permitió alojar en el patio las caballerías y que se hospedase él allí, dando aviso a Margiana para que preparase la cena.

El capitán fué abriendo un poco más los pellejos para que respirasen los ladrones, al paso que les decía en voz baja :

—Estaos quietos hasta que oigáis el silbato en la hora oportuna.

Después de la cena se retiraron todos pronto, mientras Margiana se fué a la cocina a preparar un caldo para su señor. Mas se le apagó la lámpara por falta de aceite, y por mucho

que buscó no encontró en toda la casa ni una gota, y ya no era hora de irlo a buscar a la tienda. Se acordó entonces de los pellejos que estaban en el patio y se dirigió allá con una jarra para llenarla. Al acercarse al primer pellejo, oyó que un ladrón le decía con voz queda :

—¿Es hora ya?

Ella, sin desconcertarse, comprendió el riesgo en que estaban sus amos, y respondió muy serena y en el mismo tono :

—Todavía no, dentro de unos momentos.

Se fué acercando a todos los pellejos y en todos oyó la misma pregunta. Al llegar al último, que era el que tenía aceite, llenó el jarro, fué a poner luz en la cocina y encendió un gran fuego con el que hirvió el aceite restante dentro de una caldera ; después bajó con el aceite hirviendo adonde estaban los pellejos y, con mucha tranquilidad y sangre fría, fué vertiendo en cada uno lo suficiente para ahogar al ladrón que estaba dentro.

No tardó en oírse poco después el silbato del capitán ; pero viendo éste que nadie respondía ni se movía, bajó asustado a registrar los pellejos y al ver un cadáver en cada uno,

se llenó de terror, creyéndose descubierto ; se lanzó al jardín y huyó como alma que lleva el diablo.

Al día siguiente se enteró la familia de Alí Babá del hecho heroico de Margiana a quien todos empezaron a bendecir y admirar como salvadora de la casa. Después abrieron una gran fosa y sepultaron en ella los treinta y nueve cadáveres y vendieron las mulas en el mercado de la ciudad.

El capitán, que se encontró solo y desesperado en la cueva, no cesaba un día y otro de meditar sobre los medios de vengarse y de asegurar las riquezas que poseía. Después de maduro examen, se fué a establecer en la ciudad con el supuesto nombre de Cojía Hasam, y haciendo correr la voz de que era un opulento mercader, abrió una gran tienda frente a otra que el hijo de Alí Babá tenía en el entresuelo de la casa de su padre. El bandido consiguió entablar amistades con aquella familia y logró que un día le invitasen a cenar ; oferta que aceptó muy agradecido ; pero diciendo que le dispensasen si no tomaba alimento alguno que tuviese sal ; por cuya razón Alí Babá mandó a Margiana que no echase sal aquella noche a

los guisos. Se extrañó la esclava de aquella rareza, y mientras todos estaban cenando, se asomó a la puerta del comedor para ver al huésped, a quien reconoció inmediatamente a pesar del disfraz que llevaba; reparó también en que tenía escondido un puñal en la cintura, lo que indicaba que aquel hombre había venido a matar a su amo. Mas como ella no hallaba pretexto para permanecer en el comedor y estaba resuelta a evitar el crimen, se vistió de bailarina y, con una pandereta en la mano, consiguió que la dejaran lucir sus habilidades delante del huésped. Empezó a bailar unas danzas fantásticas con tanta gracia, que todos la aplaudieron entusiasmados. Después sacó un agudo puñal con el que hizo varios juegos acompañados del canto y del baile. En una de sus evoluciones se acercó al falso mercader y le dió tan certera puñalada, que lo dejó muerto en el acto.

La familia de Alí Babá dió un tremendo grito y se levantó asustada, creyendo que Margiana había cometido aquella muerte sin querer; mas ella no tardó en demostrarles que aquel hombre era el capitán de los bandoleros

y que allí traía un puñal para asesinarlos a todos.

Abrazaron efusivamente a su salvadora, y Alí no sólo le concedió la libertad, sino que le dió por esposo a su hijo.

Se dedicaron aquella noche a enterrar el cadáver; y pocos días después se celebraron las bodas de Margiana con el hijo de Alí, entre grandes regocijos y fiestas.

Pasado algún tiempo volvió Alí Babá a la cueva y se cercioró de que los tesoros continuaban intactos; enseñó a su hijo el secreto para entrar allá cuando lo creyese conveniente, y aprovechándose todos con moderación de tan inmensa fortuna, vivieron largos y felices años.

II

HISTORIA DEL CABALLO ENCANTADO

Durante una de las extraordinarias festividades que se celebraban en Chiraz, en el reino de Persia, adonde hay grandes diversiones y concurren los más nobles y ricos caballeros, se presentó en una ocasión un indio con un caballo espléndidamente enjaezado y tan bien construído, que todos lo creyeron un caballo verdadero. El indio se acercó ante el trono del Rey y le dijo :

—Señor, puedo aseguraros que nunca habéis visto nada tan admirable como este caballo, pues cualquiera que en él monte, si sabe el secreto, puede trasladarse en unos instantes adonde quiera, aunque sea al lugar más lejano ; y si vos lo disponéis, os lo puedo demostrar ahora mismo.

El Rey, deseando convencerse por sus pro-

pios ojos de lo que el indio aseguraba, le dijo :

—Deseo que vayas a aquel bosque que está tres leguas distante de aquí y que me traigas de él una rama de la gran palmera que encontrarás en la falda.

El indio montó en su caballo, inclinó la cabeza en señal de que aceptaba la invitación, dió vueltas a una clavija que sobresalía un poco del cuello del animal y se remontó por los aires como una flecha, dejando atónitos al Rey y a los palaciegos. Antes de un cuarto de hora ya volvía por los aires con la palma en la mano ; dió varias vueltas sobre la plaza, en medio de las aclamaciones del pueblo, y fué a detenerse junto al trono del Rey, depositando la palma a los pies del soberano.

—¿Quieres venderme ese maravilloso caballo?—le preguntó el Rey.

—Señor—respondió el indio—no tengo inconveniente alguno ; mas antes necesito decirlos que el inventor y fabricante que me regaló este caballo me exigió por él la mano de mi hija, diciéndome que si alguna vez lo vendiese fuera con gran ventaja.

—Te daré el dinero que por la joya pidas—respondió el Rey.

—Os doy las más rendidas gracias por el ofrecimiento que me hacéis; mas no puedo cederos el caballo si no me otorgáis la mano de la Princesa.

Al oír esta pretensión prorrumpieron los cortesanos en una estrepitosa carcajada; pero Firuz, el hijo mayor del Rey, se irritó por el atrevimiento de aquel hombre y dijo a su padre con duro acento:

—Os ruego que rechacéis la proposición de este indio insolente, que aspira nada menos que a enlazarse con una de las familias más poderosas de la tierra.

—Hijo mío—contestó el Rey—, sin duda que no tienes en cuenta el mérito del caballo y que el indio puede ir con la proposición a otro Rey, el cual aceptará esta maravilla, que yo deseo poseer a toda costa. Antes de nada lo más prudente sería que tú probases el caballo y examinases sus condiciones, si es que el dueño lo permite.

El indio, que vió al Rey inclinado a aceptar sus pretensiones, accedió a tal petición y él mismo ayudó al Príncipe a montarse. Apenas Firuz puso los pies en los estribos cuando, sin esperar las instrucciones ni los consejos del

indio, volvió la clavija que el animal tenía sobre el cuello y salió disparado como una flecha, no tardando en perderse de vista y dejando sobresaltados a todos los circunstantes.

Quedó desconsolado el Rey por el grave peligro en que estaba su hijo; mas el indio trató de consolarle, diciendo:

—No temáis, señor, que el caballo tiene una clavija situada al lado contrario de la que visteis y con ella se baja de nuevo hacia la tierra. Además, que el animal pasa sobre montes y valles sin peligro alguno para el jinete.

—De todos modos—respondió el Rey—mi hijo no conoce esa clavija. Tú me respondes de su vida con tu cabeza, si dentro de tres meses no tengo noticias satisfactorias de él.

El indio fué puesto en segura prisión, y los cortesanos se retiraron mustios y silenciosos.

Entre tanto el Príncipe, trastornado por la velocidad que llevaba y la altura a que se veía y viendo que no podía detener el caballo ni tirando de las bridas ni dando vueltas a la clavija, anduvo palpando por un lado y otro hasta que encontró la otra clavija y, ya de noche, pudo descender a tierra.

Reconoció el Príncipe el lugar en donde se

encontraba y vió que era la azotea de un magnífico palacio ; descendió por una escalera que allí había y no tardó en encontrarse en una espaciosa sala, en la que vió a la luz de una antorcha a varios eunucos negros que dormían con el alfanje desenvainado. Supuso que aquellos hombres pertenecían a la guardia de una gran reina y pasó adelante, encontrándose en una suntuosa habitación donde reposaba una princesa, rodeada de muchas esclavas ; se acercó a ella y mientras estaba admirando su hermosura se despertó la Princesa, y le dijo :

—¿Quién sois vos, que así penetráis en mi estancia?

El Príncipe le rogó que le dispensase el atrevimiento y le explicó el medio extraño como había llegado allí y la casualidad de encontrarla, diciéndole que no se enojase por ello.

—Príncipe, la hospitalidad y la cortesía reinan en Bengala como en Persia ; nada temáis, ya que no sois culpable.

—Gracias, hermosa Princesa, ahora me felicito de haberos encontrado.

Inmediatamente ordenó la Princesa que las esclavas le diesen de cenar y le condujesen a

una habitación digna de su alcurnia y le dejasen descansar.

No tardó Firuz en saber que aquella era una casa de campo a la que iba a pasar unos días la hija del Rey de Bengala, y dió por bien empleados todos los riesgos que había corrido a trueque de haber llegado a tan rica mansión y de haber encontrado tan hermosa Princesa.

Al día siguiente obsequiaron al Príncipe con una suntuosa comida, durante la cual explicó detenidamente todo lo que con el caballo había sucedido desde el día de la fiesta. Terminado el banquete entre los acordes de dulcísimos cantos y de sonoros instrumentos, recorrieron los Príncipes todas las dependencias del palacio, que Firuz calificó de maravilloso.

—Aun es mejor el palacio de mi padre, y vos mismo convendréis en ello en cuanto lo veáis—dijo la Princesa.

—Con gusto lo iré a ver y admirar—respondió el Príncipe—mas es preciso que vaya a ver a mi padre, que estará lleno de angustia y de aflicción por mi ausencia. Si me lo permitís iré a consolar a mi padre y a decirle que mi mayor placer sería que se apresurase a pedir para mí vuestra mano.

—Mas antes de partir—insistió la joven—bien pudierais esperar algunos días para disfrutar de las fiestas que en honor vuestro voy a disponer.

Firuz no pudo menos de aceptar tantas atenciones y permaneció con la Princesa dos meses, al cabo de los cuales decidió partir y le rogó que se dignase acompañarle a fin de que él pudiera recompensar en su reino la generosa hospitalidad que le había dispensado. La joven, después de algunas dudas, terminó por decidirse ; dispuso lo necesario para la partida, y una mañana al amanecer salieron los dos jóvenes con rumbo a Persia. Firuz acomodó sobre el caballo a la joven, montó luego a la grupa, dió la clavija que había en la parte superior del cuello y emprendieron el viaje con la celeridad de rayo, volando con tal acierto, que a las dos horas y media ya estaban sobre la capital. Firuz guió hacia una casa de campo que estaba algo distante de la ciudad, dejó en ella a la Princesa y fué a avisar a su padre de la llegada feliz que había tenido.

La corte, que vestía de luto, se llenó toda de regocijo. Firuz explicó los apuros en que se

había visto hasta llegar a Bengala y cómo había venido hasta allí con la hija del Rey, para que su padre le permitiese casarse con ella. El Rey no sólo accedió a este enlace, sino que dió órdenes para que fuesen a buscar a la Princesa y la trajesen a palacio con toda la pompa que se merecía. Luego mandó que fuesen a la cárcel a dar libertad al indio y que le trajesen ante él. Una vez que el indio llegó ante el soberano, éste le dijo :

—Como mi hijo acaba de venir sano y salvo, te dejo en plena libertad, recobra tu caballo y que no vuelva yo a verte jamás.

Apenas el indio se vió libre y supo el lugar en donde se encontraban el caballo y la Princesa, se adelantó corriendo a la casa de campo y se presentó a sus guardianes diciendo que traía orden del Rey para llevar a la princesa a la corte montada en la grupa del caballo. El jefe de guardia, que conocía al indio y que sabía su libertad, creyó buenamente lo que le decía y no opuso inconveniente alguno a sus deseos.

Satisfecho el indio con la facilidad con que iba a llevar a cabo su crimen, montó a caballo, colocó la Princesa en la grupa y se remontó

por los aires con su presa. Pasó por encima del Sultán y de toda la lujosa comitiva que marchaba en busca de la joven y se alejó con ella.

Fué indescriptible el enojo que el Sultán y los nobles concibieron contra el indio que tan infame tropelía acababa de cometer. Firuz estaba desesperado. Nadie sabía qué partido tomar y todos marcharon a sus respectivas casas profundamente apenados. Firuz se aisló en su aposento y meditó allí el plan de salvar a la Princesa o al menos de hacer lo posible para encontrarla, aunque estuviese en el centro de de tierra. Se disfrazó de derviche, se proveyó de una caja de perlas y piedras preciosas para atender a las necesidades del viaje y, sin comunicar a nadie su proyecto, salió una mañana en busca de la joven.

A todo esto el indio había seguido cabalgando por los aires hasta llegar al reino de Cachemira y allí se bajó en un bosque inmediato a la capital. Dejó la Princesa al pie de un árbol para ir a procurarse algún alimento y, mientras ella estaba llorando su desventura, acertó a pasar por aquel sitio una partida de jinetes que iban de caza; empezó ella a dar gritos pidiendo auxilio y a pesar de los es-

fuerzos que hizo el raptor para que callase, los cazadores acudieron inmediatamente y rodearon al indio y a la joven. El que dirigía la partida de caza era el mismo Sultán de Cachemira, el cual interpeló al indio para que le explicase lo que significaba aquello. El indio respondió que aquella joven era su mujer y que nadie tenía que meterse en sus asuntos; pero la Princesa se apresuró a desmentirlo con tanta elocuencia y tantas lágrimas que el Sultán se persuadió de que era verdad lo que la joven afirmaba y mandó a sus hombres que en aquel mismo momento decapitasen al indio y condujesen la Princesa a su palacio.

Ella contó al Sultán toda su historia y le rogó que le permitiese volver con su padre; mas el Sultán le dijo que de ninguna manera le permitiría marchar, pues él quería hacerla su esposa al día siguiente. Tal resolución llenó de melancolía a la joven, la cual resolvió ingeniar-se para verse libre de un hombre a quien aborrecía.

Llegados a palacio, ordenó el Sultán que se dispusiese todo para celebrar la boda proyectada; y no tardaron en resonar por todas

partes los cantos y las músicas anunciando al pueblo la resolución del soberano. La Princesa, llena de amargura, se desmayó y cayó al suelo sin sentido. Cuando, a fuerza de cuidados, volvió en sí, se fingió loca, y habló y obró de tal suerte en presencia del Sultán y de los cortesanos que todos se persuadieron de que había perdido la razón. Y como cada día se mostraba más furiosa y daba menos señales de juicio, dispuso el monarca que la reconociesen los más afamados médicos; mas ella se irritó hasta el extremo de decir que si se aproximaba algún médico lo ahogaría con sus propias manos. Con esto el Sultán se desesperaba más y más.

Durante este tiempo el príncipe Firuz había recorrido en traje de derviche varias provincias sin encontrar rastro de su idolatrada Princesa. Llegó por fin a una gran ciudad de la India donde le informaron con todos los pormenores de lo que acabamos de decir acerca de la joven, de su locura y del amor que el Sultán le profesaba.

Marchó Firuz a Cachemira, se vistió de médico, se dejó crecer la barba y se presentó al Sultán diciéndole que poseía medios extraor-

dinarios para devolver la razón a la Princesa. Como ésta no podía soportar la presencia de un médico sin exasperarse, Firuz la contempló, escondido detrás de una celosía y la vió que estaba llorando y lamentando su suerte. La reconoció al instante y comprendió que era fingida su locura, por lo cual, dijo al Sultán que él se comprometía a curarla ; pero que era preciso que le dejaran solo con ella.

Abrieron la puerta del aposento en donde estaba la Princesa y entró Firuz, avanzando decididamente hacia la fingida loca. Esta comenzó a dar gritos y a desesperarse ; mas el Príncipe se acercó a su oído y le dijo con voz baja :

—Fijaos en mí, que no soy médico, sino el Príncipe de Persia que vengo a traer la libertad y la dicha.

La Princesa que le reconoció, se calmó al instante, y escuchó silenciosa la relación que le hizo el Príncipe de lo mucho que en su busca había andado desde que el indio se la arrebató. La Princesa a su vez narró todo lo que hasta entonces le había sucedido y le dijo que estaba dispuesta a huir con él.

—¿Sabéis dónde está el caballo encantado?
—preguntó el joven.

—No lo sé—respondió ella ;—mas supongo que lo habrá guardado el Sultán.

—Bien, pues, es preciso encontrar esa maravilla y apoderarnos de ella para huir de aquí—dijo el Príncipe con resolución.

Cuando salió Firuz y comunicó el efecto de su primera visita, el Sultán se llenó de regocijo y mandó que se le prestasen todo género de consideraciones. Firuz preguntó las circunstancias de la llegada de la Princesa, con la disculpa de que era preciso saberlo todo para curarla perfectamente ; de esta manera se enteró de que el Sultán guardaba el caballo como una preciosidad.

—Señor—dijo el Príncipe—esa Princesa traída aquí en un caballo encantado, participa ella del encantamiento de ese animal y es preciso hacer que desaparezca con el auxilio de ciertos perfumes que yo traigo. Si no tenéis inconveniente, al mismo tiempo que la Princesa se cura podéis dar un magnífico espectáculo a los habitantes de la ciudad, y para hacer la ceremonia con el mayor boato posible sería conveniente que la joven se presen-



tase adornada con las más preciosas joyas que posee Vuestra Majestad.

El Sultán accedió muy complacido a todo cuanto se le pedía e hizo que circulase por la ciudad la noticia de la gran fiesta que al día siguiente había de celebrarse. A la hora señalada se presentó el Sultán ante la multitud que le victoreó calurosamente ; poco después llegó la Princesa de Bengala adornada con preciosísimas joyas ; las esclavas la sentaron sobre el caballo que allí habían traído, y el falso médico colocó en derredor del maravilloso animal varios pebeteros encendidos en los cuales arrojó unos polvos que exhalaban exquisito perfume. Toda la multitud presenciada con gran silencio aquella misteriosa ceremonia. El Príncipe, con religiosa compostura, empezó a dar vueltas alrededor del caballo haciendo que pronunciaba misteriosas palabras, y cuando envolvía a la Princesa una columna de humo y la hacía desaparecer a la vista de los espectadores, Firuz saltó sobre la grupa del caballo, dió media vuelta a la clavija y empezó a elevarse por los aires con gran estupefacción del público. Después que se remontó a considerable altura, dejó oír distin-

tamente estas palabras, que llenaron de desesperación al Sultán :

—Poderoso monarca de Cachemira, cuando quieras casarte con alguna Princesa, procura ganar antes su corazón.

El caballo entonces partió rápidamente hacia el reino de Persia, y los dos jóvenes llegaron aquel mismo día al alcázar del Rey, el cual ordenó que se dispusiese todo lo necesario para que se celebrasen los desposorios de su hijo con la Princesa. Después de algunos días de regocijos públicos, se envió un embajador al rey de Bengala para darle cuenta de lo sucedido y pedirle que aprobase el proyectado matrimonio, que no tardó en celebrarse con la pompa y magnificencia que convenía.

III

HISTORIA DE ALADINO O DE LA LÁMPARA MARAVILLOSA

En la capital de un reino de la Arabia había un sastre muy pobre, llamado Mustafá, el cual tenía un hijo que se había educado en el más completo abandono, por lo cual era aficionado a la holganza y se pasaba la mayor parte del día jugando con los chiquillos de la calle y haciendo travesuras.

Viendo Mustafá que no podía hacer vida del travieso muchacho, se afligió de tal suerte que no tardó en enfermar y morir, dejando al hijo y a la viuda en la más completa miseria. La pobre mujer vendió los utensilios del difunto, liquidó la tienda y se dedicó a hilar algodón para ver de vivir medianamente.

Aladino, que así se llamaba el hijo del sastre, se iba haciendo cada vez más perezoso

y travieso. Mas sucedió que estando un día jugando en la plaza con otros chicos de su ralea, llegó allí un mágico africano, que se paró a contemplarle, y después de observarle detenidamente, se acercó a él y le preguntó si era el hijo del sastre Mustafá.

—Sí, señor—respondió el muchacho,—pero mi padre hace ya mucho tiempo que murió.

Al oír tal respuesta, el mágico africano se arrojó al cuello de Aladino abrazándole y llorando amargamente, y diciendo que era hermano de Mustafá. Se informó luego del sitio en donde vivía la madre de Aladino y dió a éste un puñado de monedas para que se las entregase, diciéndole que los iría a visitar al día siguiente.

Aladino fué corriendo a buscar a su madre y a contarle la aventura ; pero la buena mujer le dijo que ellos no tenían tal pariente.

Al otro día volvió el mágico al encuentro de Aladino y le dió más monedas para que las llevase a su madre a fin de que dispusiese una comida a la que asistiría él. Cuando la madre de Aladino vió tanta generosidad se dispuso a recibir dignamente al mágico ; y cuando todo estaba ya al corriente llegó el supuesto tío car-

gado con frutas y licores que depositó sobre la mesa. Después empezó a derramar lágrimas y hacer grandes demostraciones de sentimiento. Apenas se hubo serenado, dijo a la viuda :

—No extrañes, hermana mía, el no haberme visto hasta ahora ; pues hace cuarenta años que salí de este país y he viajado y sufrido mucho hasta poder tornar a la patria querida para ver los objetos amados de mi corazón. Lo más doloroso para mí es el haberme encontrado nada más llegar, con la terrible noticia de la muerte de mi hermano.

Mas viendo que el giro de aquella conversación entristecía a la viuda, se dirigió al joven y le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamo Aladino—respondió el muchacho.

—¡ Y bien, Aladino ! ¿ En qué te ocupas ? ¿ Sabes ya algún oficio ?

Como Aladino bajase los ojos avergonzado, tomó la palabra su madre y dijo :

—Es un vago y un holgazán del que no pudo su padre conseguir nada ; y como no gana ni un cequí tengo yo que trabajar día y noche para que podamos vivir ; además de

no hacer nada me llena de disgustos, por lo que estoy decidida a mandarle por esos mundos a buscar fortuna.

—Eso que haces no es razonable, Aladino —dijo el africano— debes ayudar a tu madre a ganar la vida. Si no te gusta el oficio de tu padre, puedes buscar otro, que hay oficios de todas clases y no faltará alguno que te guste, como por ejemplo, el de comerciante. Si quieres hacerte comerciante, yo estoy dispuesto a montar una tienda para ti.

—Sí, señor, me gusta el oficio de comerciante, porque no tienen mucho que trabajar —dijo Aladino.

—Pues entonces—continuó el mágico— dentro de dos días yo te compraré una tienda para que te establezcas.

La madre de Aladino dió rendidas gracias al generoso protector; y cuando terminaron la comida le despidió con todas las atenciones que le fué posible.

Al día siguiente llevó el mágico a Aladino a casa de un sastre y le compró un magnífico traje, y después le fué enseñando las mejores tiendas de la ciudad y los más suntuosos edificios que en ella había.

El gozo de la viuda fué inmenso al ver a su hijo tan obsequiado y con tan vistoso traje y bendijo mil veces al generoso tío.

Al día siguiente volvió el africano, y con el pretexto de que era viernes y de que estaban las tiendas cerradas, se llevó a Aladino a pasear por los jardines de la ciudad a fin de que se fuese puliendo un poco. Salieron los dos por un paraje poblado de magníficos árboles y entraron en un hermoso jardín donde había un estanque, en cuyo borde se sentaron a descansar un momento y a comer unas frutas y unos pasteles que traía el mágico. Después siguieron su excursión, admirando las bellezas del paisaje hasta que llegaron cerca de unas altas y escarpadas rocas. Aladino, cansado de tan largo paseo, preguntó con cierta inquietud :

—¿A dónde vamos, querido tío? yo no tengo fuerzas para andar más y estoy tan cansado que creo que no voy a poder regresar a casa.

—¡Animo, joven sobrino, eso no es nada para tus años ! Vamos a ver un jardín que es de lo más hermoso que puedas ver en tu vida. Cuando estés dentro de él darás por bien em-

pleadas todas las fatigas que te costó el llegar.

Prosiguieron su paseo hasta que llegaron a un paraje situado entre dos montañas de mediana altura.

—Quedémonos aquí—dijo entonces el mago—; ahora verás tan extraordinarias maravillas como no ha visto mortal alguno. Vete reuniendo por ahí leña y hojas secas en tanto que yo enciendo fuego con el eslabón y el pedernal.

Trajo Aladino la maleza que encontró, la puso donde se le ordenaba y el africano pegó fuego al montón de combustible, arrojó en las llamas un perfume que produjo muy espeso humo y empezó a pronunciar sobre la hoguera unas palabras mágicas. Ante el poder del conjuro se estremeció la tierra y se abrió, dejando al descubierto una losa de pie y medio cuadrado con una grande argolla de bronce en el centro. Aladino, lleno de pavor, quiso emprender la fuga; pero el mágico le dió tan tremenda bofetada que le llenó la boca de sangre. El pobre muchacho dijo, tembloroso:

—¿Qué os hice para que me castigáis con tanta crueldad?

—Tengo mis razones para obrar así—re-

puso el supuesto tío— ; además me debes obedecer porque ocupo el lugar de tu padre. No llores—continuó dulcificando la voz—ya ves cuánta es la virtud de mi perfume. Debajo de esa piedra existe un inmenso tesoro que te hará más rico que todos los monarcas de la tierra ; pero nadie más que tú puede levantar la losa y penetrar dentro ; ni yo mismo lo puedo hacer, por lo tanto es preciso que ejecutes lo que te voy a decir. Acércate aquí, pasa la mano por la argolla y levanta la piedra.

—Pero, querido tío, yo no tengo fuerza para ello ; es necesario que me ayudéis.

—Si yo interviniese no lograríamos nada. Tienes que hacerlo tú solo ; pronuncia el nombre de tu padre y el de tu abuelo y tira de la losa.

Hizo Aladino lo que se le ordenaba y alzó la piedra con gran facilidad, dejando al descubierto una cueva poco honda, una puerta muy pequeña y algunos escalones para ir más abajo.

—Ahora—continuó el mago—fíjate bien, hijo mío, en lo que te digo y obsérvalo con exactitud. Cuando llegues al último peldaño encontrarás una puerta abierta que te conduci-

rá a un gran salón, dividido en tres departamentos ; a los lados verás cuatro jarrones de bronce llenos de oro y plata, no los toques siquiera y sigue adelante. Antes de entrar en la primera sala procura ceñirte bien la ropa para no rozar con ella ningún objeto ni aun las paredes, pues de lo contrario morirás instantáneamente. Atraviesa las tres salas y al último encontrarás un hermoso jardín con preciosos árboles cargados de frutos, sigue por un camino que te conducirá a una escalera de cincuenta escalones, sube a la azotea y cuando llegues allá encontrarás un nicho donde hay una lámpara ardiendo ; apágala, tira la torcida y el líquido y apodérate de ella, guárdala en el seno y tráemela en seguida. A la vuelta puedes tomar los frutos que más te apetezcan de los árboles que hay en el jardín. Y para preservarte de todo mal pon esta sortija en uno de tus dedos.

Colocó Aladino la sortija, empezó a bajar a la cueva y se metió por ella adentro haciendo todo cuanto el mágico le había indicado. Dueño ya de la lámpara, volvió al jardín, dispuesto a recoger alguna fruta. Había allí muchos árboles, todos cargados con frutos de diferen-

tes colores ; los había blancos, que eran perlas ; transparentes, que eran brillantes ; verdes, esmeraldas ; encarnados, rubíes ; azules, turquesas ; morados, amatistas, y amarillos que eran topacios. Aladino hubiera preferido uvas, manzanas o naranjas, porque desconocía el valor de las piedras preciosas ; mas como le entusiasmaba el color de aquellos cristales, recogió todos los que pudo y cargado de ellos se presentó a la entrada de la cueva, donde le esperaba el mágico.

—Dadme la mano para ayudarme a subir —dijo Aladino.

—Mejor es, hijo mío que tú me des antes la lámpara, y así te verás libre de ese peso y subirás más fácilmente.

—La lámpara no me incomoda nada, ya os la daré cuando suba.

—Dadme la lámpara.

—Os la daré cuando suba, no quiero que se me caigan estos cristales tan hermosos que aquí traigo—insistió Aladino.

El mago se cansó de porfiar con el testarudo muchacho, que siempre estaba acostumbrado a hacer lo que quería, y furioso ante su tenaz resistencia arrojó cierta cantidad de per-

fume en el fuego, que aun seguía ardiendo, pronunció un conjuro mágico, y la piedra volvió a su primitivo lugar, con lo cual Aladino quedó allí sepultado en vida. El mago resolvió volver al Africa aquel mismo día sin pasar por la ciudad, temiendo que le achacasen la desaparición de Aladino.

Este famoso mago no tenía nada que ver con el sastre Mustafá. Había nacido en Africa donde se dedicó a las ciencias ocultas, y después de cuarenta años de ensayos, de estudios y de encantamientos, supo que existía en el mundo una lámpara maravillosa que haría riquísimo a su poseedor; luego por medio de conjuros pudo averiguar dónde se encontraba y que era necesario el auxilio de una segunda persona para apoderarse de ella. A este fin se fué a la Arabia y eligió a Aladino, con el objeto de apoderarse de la lámpara y hacer desaparecer después al joven para que nadie supiese la maravilla de que era dueño.

Volvamos ahora a Aladino que se hallaba sepultado en aquella cueva dando voces y llamando a su protector y tentando las paredes con objeto de salir de allí; pero ni encontró salida ni vino nadie en su auxilio. Así estuvo el



desgraciado dos días, hasta que al tercero se dispuso a morir, para lo cual dirigió antes una plegaria a Dios ; mas al frotarse las manos, en su desesperación, rozó el anillo que el mágico le había puesto y de repente se le apareció un Genio colosal, que le dijo :

—¿Qué es lo que deseas? Aquí estoy dispuesto a obedecer tus órdenes como el más humilde de tus esclavos.

Aladino, preocupado con el riesgo que corría su vida, contestó sin vacilar que lo que deseaba era salir de tan oscuro y terrible calabozo. Se abrió la tierra al instante, y el joven si vió al aire libre. Dió gracias al cielo y emprendió el camino de su casa, adonde apenas pudo llegar porque se hallaba muy debilitado. La madre, que ya le creía muerto, se llenó de alegría al recobrarlo, y viéndole tan débil le fué alimentado poco a poco para que no le hiciese daño la comida ; después le acostó para que descansase de las penalidades que había sufrido y para que repusiese sus fuerzas. Entre tanto Aladino le contó todo lo que con el mágico la había pasado y se quejó a su madre de que le hubiese encomendado a un hombre a quien no conocía,

La viuda colocó en un sofá las piedras preciosas que había traído su hijo, cuyo valor desconocía, creyendo también que eran cristales de colores. Aladino durmió hasta muy entrado el día siguiente, y cuando se levantó pidió de almorzar; pero su madre le dijo que no tenía provisión alguna y que iba a hilar algo para ganar con qué comer. Aladino entonces le replicó:

—Hoy no quiero que trabajéis; dadme la lámpara que ayer traje, que iré a venderla y con lo que nos valga podremos comer.

—Aquí está la lámpara—contestó su madre—; pero es necesario limpiarla un poco porque está muy sucia. Limpia valdrá más.

Apenas la viuda empezó a limpiar la lámpara con agua y arena, se le apareció un Genio repugnante y gigantesco, que le dijo con recia voz:

—¿Qué es lo que deseáis? Aquí estoy dispuesto a obedecer como esclavo a todo el que tenga la lámpara en la mano.

La madre de Aladino cayó al suelo desmayada de terror; mas el joven, que ya sabía lo que eran esta clase de espectáculos, se apoderó de la lámpara y dijo con tono resuelto:

—Tengo hambre, dame de comer.

Desapareció el Genio, y a los pocos minutos volvió cargado con ricos manjares y, con platos y vasos de oro y plata. Depositó sobre la mesa lo que traía y desapareció repentinamente.

Aladino acudió a socorrer a su madre, rociándole el rostro con agua fresca y después la invitó a comer de las ricas viandas que sobre la mesa había. Mientras comían con grande apetito, refirió el joven a su madre todo lo que con el Genio le había pasado mientras ella estaba desmayada; pero la buena mujer se llenó de terror y suplicó a su hijo que vendiese la lámpara para no tener trato alguno con los Genios, que eran demonios, según decía Mahoma. Mas Aladino le dijo que aquellos Genios les podían proporcionar cuanto quisiesen y que si la lámpara y el anillo no fuesen tan maravillosos no hubiera venido el mágico desde el Africa en su busca.

—Bueno—dijo la madre—guarda tú esos objetos y que no vea yo más tan horribles monstruos delante de mí.

—Haré lo que me decís y, además, os pro-

meto no usarlos sino en caso de verdadera necesidad. No hablemos más de esto.

Después que hubieron comido todo lo que les pareció, todavía sobraron muchos manjares que guardaron y fueron consumiendo en los días sucesivos. Cuando volvió el hambre a amenazarles Aladino tomó una fuente de plata y se fué a venderla al primer judío que encontró en la calle. Este, que era un gran usurero, conoció en seguida el valor de la alhaja y comprendió que el joven no sabía lo que vendía, así es que le ofreció una moneda de oro que representaba la sexagésima parte del valor de la fuente. Aladino se apoderó de lo que le ofrecían y echó a correr a su casa tan contento y con tanta rapidez, que el judío no pudo alcanzarle, aunque iba tras él para ofrecerle menos aún de lo que le había dado. Con aquella moneda compró la madre del joven abundantes provisiones para una semana.

Poco a poco se fué vendiendo al mismo judío y por el mismo precio toda la vajilla hasta que se agotaron todos los recursos. Entonces volvió Aladino a frotar la lámpara, y el Genio se le apareció como la primera vez, diciendo :
—¿Qué es lo que deseáis? Aquí estoy dis-

puesto a obedecer como esclavo a todo el que tenga la lámpara en la mano.

—Tengo hambre, dame de comer—le respondió Aladino.

El Genio se desvaneció y volvió a presentarse cargado de vajilla y de comida como la primera vez. Mientras Aladino invocaba al Genio, su madre se había ido de casa y no regresó hasta que supo que había vuelto a desvanecerse el monstruo.

Cuando concluyeron los manjares volvió Aladino a vender los platos y las fuentes, para lo cual se dirigió a la tienda del antiguo judío ; mas un respetable platero llamó al joven y le preguntó qué iba a hacer con aquellas alhajas. Aladino le refirió todo lo que había hecho con la vajilla primera y le dijo que iba a hacer lo mismo con la que ahora tenía ; el honrado platero se indignó de la avaricia del comprador e hizo saber a Aladino el valor de lo que vendía, pagándole él mismo aquella bandeja en su justo precio, es decir, sesenta veces más que le había pagado el usurero judío.

Aunque madre e hijo comprendían el manantial de riqueza que con la lámpara poseían, no por eso se permitieron hacer grandes os-

tentaciones de riqueza, sino que vivían modestamente ajustados a su condición. Así transcurrieron dos años, durante los cuales Aladino frecuentaba los mejores comercios de la ciudad y adquiría relaciones con los más expertos joyeros llegando a distinguir las piedras preciosas y a comprender su valor, con lo cual se persuadió de que lo que él había recogido en el jardín encantado no eran cristales, sino piedras finísimas y de muy extraordinario valor ; mas calló este secreto y ni a su misma madre dijo nada.

Como el joven no tenía ocupación alguna, se pasaba las horas muertas paseando por las calles de la ciudad, cuando en una ocasión oyó publicar un bando en el que se ordenaba que todo el mundo cerrase las tiendas y que los habitantes permaneciesen dentro de sus casas mientras la princesa Brudulbudura, hija del Sultán, fuese y regresase del baño. Esta orden excitó en Aladino la curiosidad de ver a la Princesa, para lo cual decidió audazmente colocarse a la entrada del baño en cuyo sitio le sería fácil contemplarla a su gusto. El aire majestuoso y la gran hermosura de la hija del Sultán, impresionaron tanto a Aladino que

se retiró a su casa triste y meditabundo, sin querer hablar ni comer, por lo cual su madre le creyó enfermo y se llenó de pena. El joven no pudo dormir nada aquella noche. A la mañana siguiente le volvió a preguntar la madre qué tenía y él le contestó que estaba enamorado de la princesa Brudulbudura y que había resuelto pedirla al Sultán en matrimonio.

—Ya decía yo, hijo mío—contestó la madre—, que esos genios o esos demonios te iban a trastornar la cabeza. ¿Cómo se te ocurre casarte con la Princesa? Estás loco rematado.

—Os equivocáis, madre, estoy en mi sano juicio. Ya sé que no soy más que el hijo de un pobre sastre y que los sultanes no se dignan conceder la mano de sus hijas sino a príncipes herederos del trono; pero yo quiero casarme con la Princesa y os suplico que vayáis vos misma a pedirla al Sultán para que me la ceda por esposa.

—Pero hijo mío—respondió la madre cada vez más atónita—si se tratase de una joven de nuestra categoría, no tendría inconveniente alguno y accedería muy gustosa a lo que pides; pero de nosotros a una Princesa hay una distancia infinita. ¿Quién soy yo para presentar-

me al Sultán, ni quién eres tú para aspirar a la mano de su hija? Además, para que el Sultán escuche con benevolencia a los súbditos, ya sabes que es preciso llevarle algún obsequio, y nosotros no tenemos nada digno de la grandeza de un soberano. Reflexiona un poco y comprenderás la locura de tus deseos.

—No os inquietéis, madre mía, por ninguna de esas dificultades. Yo tengo un gran tesoro en lo que nosotros creíamos que eran cristales de colores. He visto las mejores joyas que hay en la ciudad y puedo aseguraros que las piedras que yo traje del jardín subterráneo valen más que todas ellas juntas. Traed una bandeja, ponedlas sobre ella y veréis los hermosísimos resplandores que despiden.

Cuando la madre de Aladino vió los cambiantes de aquellas piedras, quedó pasmada de su hermosura, mas no se decidía aún a presentarse con ellas ante el Sultán. Aladino acabó de convencerla, diciéndole que esperaba salir felizmente del paso con el auxilio de la lámpara.

Al día siguiente se dirigió la buena mujer llena de miedo al palacio del Sultán, donde estaban ya reunidos los grandes de la corte

para celebrar audiencia. La pobre señora, que llevaba las piedras preciosas en la bandeja envueltas con un lienzo de extraordinaria blancura, estuvo allí dos horas de pie sin que nadie le dirigiese la palabra y apenas se terminó la audiencia volvió a su casa fatigada de cansancio. Cuando Aladino la vió volver con la bandeja, se creyó que el Sultán había rechazado la petición ; pero al referirle su madre lo acontecido la rogó que volviese al otro día. Así lo verificó ella, y por espacio de seis días consecutivos nadie le dirigió ni una palabra. Mas el Sultán, viendo siempre delante del trono a aquella mujer tan modesta y silenciosa, preguntó al gran Visir qué era lo que solicitaba ; el Visir le contestó que sería alguna mujer que vendría a molestarle con quejas de los vendedores de comestibles y que probablemente traía la muestra del artículo debajo de aquel lienzo. No satisfecho el Sultán con esta respuesta, ordenó al día siguiente que pasase ante él la mujer que allí estaba tan silenciosa ; y cuando la tuvo ante sí le preguntó con acento bondadoso qué deseaba.

La viuda se postró ante su soberano y le dijo :

—Grande y poderoso monarca, antes de exponeros el objeto que aquí me trae os ruego perdonéis la audacia de la petición que voy a haceros, y que sólo con recordarla me hace enrojecer de vergüenza.

Ordenó el Sultán que saliesen todos para que la viuda hablase con más libertad, y después la madre de Aladino, algo más tranquila y confiada, explicó detenidamente los proyectos de su hijo y las muchas reflexiones que ella le había hecho para disuadirle. El Sultán, sin molestarse en lo más mínimo, vista la actitud de la buena mujer, le pidió que le mostrase lo que traía envuelto en el paño blanco. Ella le presentó las piedras preciosas, que dejaron maravillado al Sultán, el cual, después de examinarlas, exclamó lleno de gozo :

—No hay en el mundo una colección de piedras preciosas mejores que ésta y confieso que son dignas de la Princesa mi hija. Ahora necesito reflexionar sobre lo que me decís ; volved a verme dentro de tres meses.

La viuda, que ni en sueños esperaba tan benévola acogida, volvió a casa loca de contenta ; y Aladino, cuando oyó lo que su madre le decía, se creyó el más feliz de los hombres

y no se cansaba de darle gracias por el interés y el cariño con que le ayudaba en su empresa.

A los tres meses justos la madre de Aladino volvió a palacio y se colocó en el sitio de la primera vez. Apenas la vió el Sultán le mandó que se acercase, y ella le recordó la promesa que se le había hecho. El Sultán se vió embarazado, porque no quería confiar su hija a un desconocido; pero el gran Visir le aconsejó que la pusiese a tan alto precio que ningún hombre pudiera alcanzar su mano. Se dirigió, pues, el Sultán a la viuda que esperaba ansiosa y le dijo:

—Estoy pronto a entregar la mano de la princesa Brudulbudura a vuestro hijo, siempre que él me traiga cuarenta grandes fuentes de oro macizo llenas de piedras iguales a las del primer regalo; estas joyas deben ser traídas a palacio por cuarenta esclavos negros y cuarenta blancos, que sean hermosos, de buena estatura y vestidos con todo lujo. Podéis ir a comunicar mis condiciones a vuestro hijo.

La pretendiente se postró ante el Sultán, le hizo una zalema y salió de palacio riéndose de la locura de su hijo y de la imposibilidad de que pudiera conseguir la mano de la Princesa.

Cuando Aladino se enteró del éxito de la embajada, dijo a su madre :

—Bien poco es lo que me pide el Sultán y bien pronto se verá satisfecho. Podéis iros en busca de provisiones que voy a frotar ahora mismo la lámpara para conseguir lo que deseo.

Mientras la viuda salió a la plaza, Aladino frotó la lámpara maravillosa, y apenas se le presentó el Genio le dijo :

—El Sultán acaba de concederme la mano de su hija ; pero me exige que le lleve antes cuarenta fuentes de oro macizo llenas de los frutos del jardín maravilloso. También me exige cuarenta esclavos negros y cuarenta blancos que sean bien apuestos y estén ricamente vestidos ; tráeme todo esto para llevarlo al Sultán hoy mismo.

Desapareció el Genio, y a los pocos momentos vino con todo lo que se pedía ; preguntó a Aladino si deseaba algo más, y como el joven le dijese que no, volvió a desaparecer.

Cuando la madre de Aladino volvió de la plaza y vió la brillante comitiva que acompañaba a Aladino, se quedó tan llena de admiración que no acertó a articular palabra. Su hijo le rogó que acompañase a los esclavos a la

presencia del Sultán, y ella así lo hizo, mientras Aladino esperaba lleno de zozobra la respuesta del monarca.

Apenas empezaron los esclavos a desfilar en dirección al palacio, una inmensa muchedumbre se agolpó en las calles para admirar los ricos presentes que llevaban y los hermosos vestidos con que iban adornados. Una vez en palacio, la guardia del Sultán creyó que aquellos hombres eran príncipes, y los soldados se apresuraban a besarles las vestiduras; pero uno de los negros que iban delante, dijo:

—Nosotros no somos más que esclavos, nuestro señor vendrá cuando sea tiempo.

El lujo de las estancias regias y las libreas de los servidores del Sultán, todo quedó eclipsado ante la riqueza y la magnificencia de los embajadores, los cuales postrándose a los pies del monarca depositaron las fuentes de oro con las joyas de que eran portadores, y luego se quedaron de pie, en silencio y con las manos cruzadas. Entonces dijo la madre de Aladino:

—Señor, mi hijo Aladino sabe muy bien que estas joyas valen mucho menos que la hermosura de vuestra hija; mas espera que os dig-

néis concederle su mano, pues ha cumplido la condición que habéis tenido a bien imponerle.

El Sultán, absorto y deslumbrado por la presencia de tanta joya y de tanto lujo, preguntó al Visir si consideraba digno de la princesa Brudulbudura al hombre que le enviaba tan soberado presente.

El Visir, que aspiraba a que su hijo fuese el esposo de la Princesa, tuvo que reprimir sus celos, y contestó :

—Señor, yo creo que ese Aladino es digno de poseer la mano de la Princesa, si bien tengo por cierto que no hay en el mundo tesoro que iguale al valer de la hija de Vuestra Majestad.

Todos los grandes allí presentes demostraron con gran satisfacción que estaban conformes con el parecer del gran Visir y afirmaron que Aladino merecía poseer a la Princesa. En virtud de esta unanimidad de pareceres, el Sultán dijo a la viuda :

—Podéis ir a participar a vuestro hijo que lo espero con los brazos abiertos.

Luego ordenó el Sultán que los esclavos, con sus presentes, desfilasen por delante de las

habitaciones de su hija para que ella admirase las joyas que le ofrecía su futuro esposo.

Cuando Aladino supo la grata nueva que le traía su madre, se llenó de júbilo y decidió presentarse en la corte con toda la pompa y todo el esplendor que pudiese, a este fin se retiró a su cuarto, frotó la lámpara, y cuando se le apareció el Genio, le dijo :

—Quiero darme un baño perfumado, que proporcione a mi tez la mayor hermosura ; después necesito un vestido superior al de los más poderosos reyes, un caballo de la mejor clase y cuyos arreos valgan más de un millón, cuarenta esclavos mejor vestidos que los que te pedí ayer, seis esclavas que traigan cada una de ellas un hermoso y rico vestido para mi madre y, por fin, diez mil monedas de oro repartidas en diez diferentes bolsillos. Vete y vuelve pronto.

A los pocos momentos era Aladino dueño de todo lo que había pedido. Dejó a su madre seis mil monedas de oro y las esclavas con los vestidos que habían traído, y mandó a un esclavo para que fuese a decir al Sultán si estaba dispuesto a recibirle, a lo que el Sultán contestó que le esperaba con impaciencia.

Organizó el joven la comitiva, haciendo que fuesen delante veinte esclavos arrojando monedas al pueblo y otros veinte detrás que sirviesen de brillante escolta. Los habitantes de la ciudad quedaron admirados de tanta magnificencia y apenas reconocían en Aladino al joven que hacía poco andaba vagando por las calles. Cuando la comitiva llegó a palacio, Aladino quiso apearse a la puerta, pero el gran Visir le dijo que de orden del Sultán pasase adentro sin desmontar, favor insigne concedido a muy pocos. Aladino entró cabalgando hasta el mismo pórtico del salón regio, donde las filas de soldados se inclinaban a su paso. El Sultán bajó del trono para abrazarle y le sentó a su lado. Aladino le dió gracias por el insigne favor que le concedía, mas el monarca le dijo que no cambiaba el placer de tenerle por yerno aunque le diesen todos los tesoros de la tierra. En seguida y a los acordes de una melodiosa música, pasaron a otro salón donde Aladino comió solo con el Sultán y en presencia de los dignatarios de la corte, admirándose todos del talento natural que poseía el joven. De sobremesa extendió el Cadí el contrato de boda para que el casamiento se

verificase aquel mismo día ; mas el afortunado joven rogó al monarca que aplazase algunos días la ceremonia, pues deseaba construir un palacio digno de la hermosura de Brudulbudura. El Sultán le dijo que de los terrenos que había frente a su palacio podía tomar el solar que le pareciese más conveniente.

Apenas Aladino volvió a casa, entre las aclamaciones del pueblo, se encerró en su habitación y frotó la lámpara, a cuyo conjuro se presentó el Genio, y el joven le dijo :

—Ante todo os doy muchas gracias por el esmero con que hasta el presente me habéis servido, y ahora quiero que en el menor tiempo posible me construyas frente al palacio del Sultán otro palacio que le supere en magnificencia, para recibir en él a mi esposa. La arquitectura del palacio la dejo a tu capricho, pero quisiera que en lo más alto fabricases un salón con una cúpula de cuatro fachadas iguales y que en cada una de ellas hagas tres ventanas con sus correspondientes celosías adornadas y dibujadas con piedras preciosas, a excepción de una, que debe quedar a medio hacer. El palacio debe tener hermosos jardines, extensos patios y una habitación llena de mo-

nedas de oro y plata, y todos los departamentos necesarios para la servidumbre y lo que a un suntuoso edificio corresponde.

Aladino se fué a acostar tranquilamente ; pero al amanecer se le presentó el Genio y le dijo :

—Señor, el palacio está concluído ; venid a ver si os satisface.

Aladino marchó a ver el palacio, lo recorrió todo, sin dejar el departamento lleno de oro y plata y dió gracias al Genio por la inmensa obra que tan perfectamente acababa de realizar. Después le pidió que colocase una alfombra de terciopelo desde la puerta del palacio hasta la casa del Sultán.

Volvió Aladino a su casa muy satisfecho y dijo a su madre que se vistiese con los hermosos trajes que le habían traído las esclavas, para ir al palacio y acompañar aquella noche a la Princesa. Cuando madre e hijo estuvieron preparados, se despidieron de su antigua casa y salieron en compañía de una lujosa escolta dirigiéndose a la casa del Sultán, entre el sonido de las trompetas y los acordes de la música. La buena mujer fué introducida en el departamento de la Princesa por el jefe de los

eunucos y Brudulbudura la recibió con grande cordialidad.

Por la noche se organizó la comitiva para que los esposos se trasladasen al palacio que había construído Aladino. Era un espectáculo fantástico ver las bandas de música, los cientos de esclavos que iluminaban el tránsito con antorchas y la espléndida iluminación de la casa de Aladino; por lo cual una inmensa muchedumbre acudió a aclamar a los desposados. Aladino esperaba a su prometida en el pórtico del palacio, y al verla llegar le dijo:

—Perdonadme, hermosa Princesa, el atrevimiento de haber aspirado a vuestra mano; pero en teneros por esposa consiste toda mi felicidad.

—Gallardo Príncipe—respondió ella—, yo no hice más que cumplir con la voluntad de mi padre y después de haberos visto confieso que le obedezco con mucho gusto.

Aladino condujo a su esposa a la sala del festín, dispuesto por el Genio con todo lujo. Durante la cena hadas misteriosas mandadas por el Genio cantaron y tocaron con arrobadora melodía, dejando admirada a la Princesa, que jamás había oído tan delicados acordes.

Los festejos duraron hasta muy avanzada la noche.

Al día siguiente fué el Sultán a comer en compañía de los Príncipes y después se dedicó a recorrer las dependencias del palacio, que calificó como una de las mayores maravillas de la tierra ; pero le llamó la atención que estuviese sin acabar una de las celosías y, no comprendiendo la causa, se lo preguntó a Aladino, el cual le respondió :

—Señor, he querido dejarla así para que Vuestra Majestad me dispense la honra de terminarla.

El Sultán aceptó muy complacido, y aquel mismo día dió orden a los más hábiles orfebres de su reino para que terminasen la celosía con incrustaciones de piedras preciosas ; pero ellos declararon que no tenían piedras que pudiesen hacer juego con las que en las demás celosías había. Entonces dió el Sultán todas las que Aladino le había dado antes y pidió al gran Visir y a los demás señores que le suministrasen las suyas ; mas no pudo llegar ni a la mitad de la obra. Viendo Aladino que todos los esfuerzos del Sultán eran inútiles para acabar la celosía, frotó una noche la lám-

para y ordenó al Genio que rematase aquella obra, como así lo verificó en un instante, con lo cual el Sultán se llenó de admiración y acabó de convencerse del extraordinario poder de su yerno.

En todo este tiempo el mágico africano había ya llegado al Africa, lleno de desesperación por no haber conseguido el objeto que se había propuesto, y aunque estaba convencido de que Aladino había muerto en el fondo de la cueva, consultó no obstante sus signos nigrománticos y averiguó por el horóscopo que el joven vivía rico, feliz, casado con una Princesa y querido y respetado de todos, lo que le llenó de rabia y le hizo creer que la lámpara maravillosa estaba en poder de Aladino. Inflamado en odio contra el joven y en deseos de venganza emprendió el viaje en su busca, y por fin llegó a la capital en que residía Aladino. Por las noticias que allí adquirió del esplendor del Príncipe se confirmó en las sospechas que traía y ya no pensó en otra cosa que en apoderarse de la lámpara. Al día siguiente de adoptar su resolución fué a una tienda, compró doce lámparas de cobre bruñido, las

puso en una cesta y se dirigió al palacio de Aladino con la mercancía, gritando :

—¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por lámparas nuevas?

Todos los que le oían se extrañaban de su proposición, creyendo que estaba loco ; pero él siguió gritando con todos sus fuerzas hasta que las esclavas de la Princesa oyeron el anuncio y propusieron a su señora que cambiase una lámpara ya usada que tenía Aladino en su habitación. Como Aladino se hallaba casualmente de caza, su esposa no vió inconveniente en hacer el cambio, creyendo que con él agradaría a su esposo. Bajó un eunuco a cambiar la lámpara, y el mágico se apresuró a darle por ella la mejor que tenía, retirándose inmediatamente a las afueras de la ciudad a esperar que llegase la noche para hacer el conjuro. Una vez que obscureció bien, frotó el mágico la lámpara y se le apareció el Genio, diciéndole :

—¿Qué quieres? He aquí a tu esclavo dispuesto a obedecer a todo el que tenga la lámpara en la mano.

—Te mando que transportes el palacio de Aladino con todo lo que contiene y que me

lleves también a mí al Affrica y al lugar en donde yo resido.

El Genio hizo en el momento lo que se le ordenaba, sin dejar ni siquiera señales del palacio en la capital.

Cuando al amanecer del día siguiente el monarca, los grandes de la corte y los transeuntes se dieron cuenta de la desaparición del palacio, se frotaban los ojos creyéndose objeto de una ilusión y no pudiendo comprender el hecho. El gran Visir se aprovechó entonces para decir al soberano que él había creído siempre que Aladino era un hechicero y que su conducta era misteriosa, añadiendo que él jamás hubiera casado a la Princesa con un hombre como él. El Sultán, lleno de desesperación por que le faltaba su hija, envió a varios oficiales del ejército para que fuesen en busca de Aladino y le cortasen la cabeza. Cuando éstos llegaron a la presencia del Príncipe, éste protestó de su inocencia ; mas los oficiales le ataron codo con codo y le condujeron a la ciudad.

El pueblo, que tanto le quería por las liberalidades que había hecho, se amotinó y quiso libertarle, siendo necesarias todas las precau-

ciones de la fuerza pública para llevarle ante el Sultán. Este no quiso oírle, y mandó al verdugo que lo degollase en el mismo palacio; pero entonces la multitud forzó las puertas y entró dando gritos y pidiendo la vida del generoso Príncipe. El Sultán, acobardado, le hizo gracia de la vida y le dejó en completa libertad. Entonces pudo enterarse completamente Aladino de todo lo que en su ausencia había pasado y pidió cuarenta días de plazo para encontrar a la Princesa, consintiendo en morir si no lo conseguía. Salió de la ciudad desesperado y anduvo tres días por los bosques sin saber qué resolución adoptar, hasta que casualmente rozó el anillo mágico que en un dedo tenía y se le apareció un Genio diciéndole :

—¿Qué me queréis? Soy el esclavo del anillo y estoy dispuesto a obedecer a tus mandatos.

Aladino, que apenas se acordaba del talismán, se alegró infinito y pidió ser transportado en el acto al sitio en que se encontraba la Princesa.

El Genio le llevó al Africa y le colocó en los jardines de su palacio, donde Aladino es-

peró a que amaneciese. La Princesa se levantó de madrugada, según costumbre, y cuando fué a abrir los balcones de su habitación vió a Aladino, llenándose los dos de alegría. Aladino le contó el misterio que encerraba la lámpara vieja que ella había cambiado sin saber su mérito.

—¿Habéis visto esa lámpara?—le preguntó Aladino.

—Sí que la he visto—respondió ella—y el africano la trae siempre cuidadosamente guardada en el seno.

—Pues es preciso librarnos de ese infame a toda costa y arrancarle la lámpara. ¿Viene a verte con frecuencia?

—Antes venía todos los días—respondió Brudulbudura—; pero como yo le trato con displicencia, ahora sólo viene una vez cada semana.

—Pues bien—continuó Aladino—la primera vez que venga le recibes muy bien adornada y le colmas de atenciones. Le invitas a cenar, y sin que él lo note le echas estos polvos en un vaso de vino. Toma el paquete, todo el que toma los polvos en él contenidos pierde al instante el conocimiento. Yo me esconderé en

la habitación inmediata y apenas el infame mágico caiga al suelo le quitaré la vida y me apoderaré de la lámpara.

En virtud de los consejos de Aladino, la Princesa preparó la droga e invitó al africano a una cena íntima ; el mágico accedió gustoso, y apenas bebió de la copa preparada, cayó al suelo como herido por un rayo. Salió Aladino inmediatamente de su escondite, rogó a la Princesa que fuese a esperarle en la habitación próxima, mató al mago y se apoderó de la lámpara, la frotó como de costumbre y apenas se le presentó el Genio, le dijo :

—Te llamo para que transportes a Arabia este palacio y le coloques donde estaba.

Dos ligeros estremecimientos, uno al partir y otro al llegar, demostraron a Aladino que el Genio había cumplido su orden.

El gozo del Sultán, al ver de nuevo el palacio junto al suyo y al poder abrazar a su hija, fué inmenso. Durante diez días se celebraron grandes regocijos en la ciudad por la feliz llegada de los Príncipes. El cadáver del africano fué arrojado a un muladar.

Tenía el difunto nigromántico un hermano menor que también cultivaba las ciencias ocul-

tas y que no sabiendo de él consultó a las estrellas y a los signos cabalísticos y averiguó con todos los detalles el trágico fin que había tenido. Resuelto a vengar su muerte, emprendió un penoso viaje hasta llegar a Arabia e introducirse en la misma capital. Para deshacerse de Aladino ideó un plan diabólico. Había en la capital una buena mujer, llamada Fátima, que era celebrada de todos por sus virtudes. El mago fué a su casa por la noche y acercándose a ella con el puñal desnudo, le dijo :

—Si gritas te degollaré con este cuchillo. Lo que vas a hacer ahora es darme tus vestidos y pintarme para que me parezca a ti. Si cumples lo que te digo, te perdonaré la vida.

La infeliz mujer le vistió, pintó y arregló de tal modo, que se parecía por completo a ella ; y le dijo cómo había de andar y llevar el manto y conducirse para asemejarse en todo a ella. Entonces el mago, faltando a su palabra, la estranguló. Al día siguiente salió por la ciudad y se dirigió al palacio de Aladino seguido de mucha gente que le veneraba creyendo que era Fátima. La Princesa, que oyó el ruido y vió a la buena mujer, mandó a un eunuco que la trajese ante su presencia, y después de re-

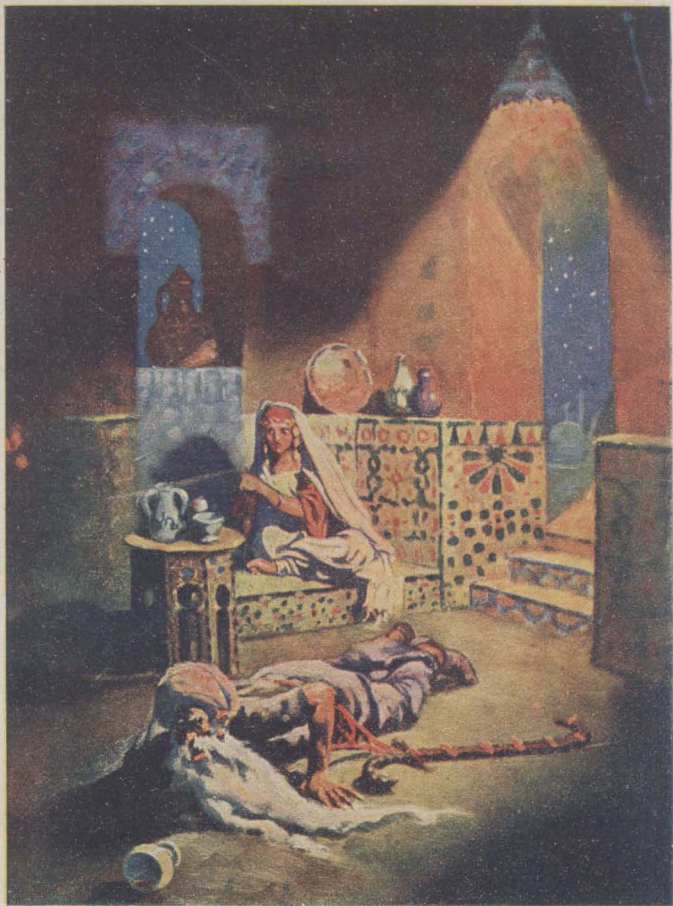
cibirla le rogó que se quedase a vivir en palacio, lo que aceptó con sumo gusto la fingida Fátima, aunque haciéndose algo de rogar y pidiendo que la dejaran comer sola en su habitación. La Princesa le preguntó si le gustaba el palacio y si le agradaba el salón en que se encontraba, a lo que ella contestó :

—En mi vida he visto nada más admirable ; para no tener igual en la tierra, sólo falta que coloquéis en la cúpula el huevo de un águila blanca de prodigioso tamaño que tiene su nido en la cima del Cáucaso.

Cuando Aladino volvió de su excursión de caza, la Princesa se apresuró a decirle que tenía el capricho de que pendiese de la cúpula el huevo del águila blanca. Aladino, que no tenía más gusto que el de complacer a su esposa, fué a su habitación y frotó la lámpara.

—Quiero—ordenó al Genio, apenas se le apareció—que coloques en la bóveda de mi salón el huevo de la águila blanca que anida en la cima del Cáucaso.

—¿No te basta, miserable, lo que hemos hecho por ti que te atreves e exigir a los esclavos de la lámpara que te traigan a su señor que está encerrado en ese huevo?—exclamó el Ge-



...y apenas bebió de la copa...

nio irritado—. Lo que te libra de nuestro furor es que no sabes lo que pides. Has de saber que quien sugirió esa idea a tu esposa es el hermano del mágico a quien diste muerte ; ese, tu nuevo enemigo, ha venido a tu palacio a asesinarte y vive en él con las apariencias y el nombre de Fátima.

Dicho esto, desapareció el Genio. Aladino fingió un fuerte dolor de cabeza y le dijo a la Princesa que se iba a acostar. Mas ella, alarmada, mandó que viniese Fátima, explicando a Aladino las razones que tenía para que aquella mujer viviese en casa.

Cuando llegó la falsa mujer, se aproximó a la cama de Aladino con la disculpa de reconocerle ; pero en realidad para quitarle la vida con un puñal que oculto traía ; mas Aladino se abalanzó sobre el mago, le quitó el arma y le atravesó el pecho con ella, haciéndole rodar al suelo sin vida. Inmediatamente descubrió el misterio que allí había a la Princesa que estaba asustada, y ambos dieron gracias a Dios que los había librado de sus implacables enemigos. Pocos años después murió el Sultán y ellos heredaron el trono, labrando por muchos años la felicidad del Imperio.

IV

HISTORIA DEL CIEGO ABDALÁ

Hallándose en una ocasión el califa Haroun-al-Raschid melancólico, determinó distraerse dando un paseo por las afueras de la ciudad. Llamó a su gran Visir y le propuso que le acompañase. Se disfrazaron ambos de mercaderes y salieron al anochecer por una puerta reservada. Se dirigieron a las orillas del Eufrates, atrevesaron el río en una barca y volvieron dando un rodeo para entrar en la capital por el puente que a ella conducía.

A la salida del puente encontraron a un anciano ciego que pedía limosna. El Califa le dió una moneda de oro, y el ciego le detuvo diciéndole :

—Señor, que Dios os recompense la limosna que me acabáis de dar ; mas no me neguéis el favor de darme una bofetada, pues de lo con-

trario faltaría a un juramento que hice ante Dios y no aceptaría la limosna.

El Califa se resistió a hacer lo que el ciego deseaba ; mas al fin tuvo que ceder. El mendigo recibió el bofetón y dió al generoso donante sus gracias y bendiciones. Siguió el Califa su paseo ; mas pensando en el extraño modo de proceder de aquel hombre, dijo al Visir :

—Vuelve y di al ciego quién soy y que le espero mañana en palacio.

El Visir dió al ciego, con la orden del Califa, una limosna y el bofetón correspondiente ; se reunió a su señor y ambos entraron en la ciudad.

Al atravesar una plaza vieron un grupo de curiosos que rodeaban a un joven bien vestido que montaba una yegua, a la que maltrataba cruelmente. Preguntó el Califa la razón de aquella inhumanidad ; pero nadie se lo supo explicar, sólo afirmaron que aquel joven iba todas las tardes a la plaza a castigar a la yegua. El monarca dió al Visir la orden de que mandase a aquel joven que se presentase el día siguiente en palacio.

Continuaron su paseo, y vieron un hermoso edificio nuevo ; mas no sabiendo a quién po-

día pertenecer, preguntaron a los vecinos, los cuales contestaron que el dueño se llamaba Cojía Hassan que de la noche a la mañana se vió riquísimo sin que nadie supiese el origen de tan grande fortuna.

—Vete y di a Cojía Hassan—ordenó el Califa a su Visir—que mañana se presente en palacio a la misma hora que los otros dos ya citados.

Al día siguiente llegaron los tres hombres ante el Califa y éste preguntó su nombre al ciego y le dijo que explicase su extraña conducta, para juzgar si el juramento que había hecho era digno de aplauso o de castigo.

El ciego dijo que se llamaba Abdalá y que, pues lo ordenaba Su Majestad, le iba a referir con gusto la causa de su modo de proceder.

—Señor—dijo empezando su narración—yo nací en Bagdad y quedé huérfano desde muy joven, aunque con una decente fortuna que aumenté a fuerza de trabajo, llegando a poseer ochenta camellos que me producían cuantiosas sumas, alquilándolos para las caravanas. Cuando un día regresaba de Bassora con mis camellos, se unió a mí un derviche



...pronunció después unas palabras misteriosas.

que iba a pie, comimos juntos y nos dimos mutua razón de nuestra vida.

Después de comer me dijo el derviche que no lejos de allí había un tesoro tan abundante, que aun cuando cargara mis ochenta camellos de oro y pedrería quedaban aún inmensas riquezas.

—Buen derviche—le dije—si me reveláis el lugar del tesoro, os daré un camello cargado de piedras y diamantes.

El comprendió al instante, por la oferta que le hacía, que la avaricia me dominaba, y me dijo :

—El ofrecimiento no es proporcionado. No obstante os conduciré adonde está el tesoro, con la condición de que me deis cuarenta camellos cargados de oro y pedrería.

Acepté la condición, y marchamos juntos hasta llegar a un valle espacioso ; pero de angosta entrada.

—Que se tiendan los camellos—dijo el derviche—para poderlos cargar.

Hice que se tendiesen los camellos y al ir a juntarme con el derviche, le vi encendiendo un haz de madera seca que allí había ; pronunció después unas palabras misteriosas que

levantaron densa humareda, y cuando el humo se disipó noté que en el monte se había abierto una gran puerta de dos hojas.

Entramos por la abertura en el más suntuoso palacio que se puede imaginar, y yo me arrojé sobre el primer montón de oro que vi, llenando precipitadamente los sacos, que eran grandes; en cambio el derviche se dedicó a llenar los suyos con pedrería. Concluída nuestra faena, nos dispusimos a salir; mas antes mi compañero se acercó a un jarrón de plata, tomó de él una caja que allí había llena de una especie de mantequilla y la guardó en el pecho.

Una vez los dos fuera, el derviche cerró la montaña con la misma ceremonia que había empleado para abrirla, y todo quedó como antes. Separamos los camellos y después de caminar algún tiempo juntos, él se dirigió hacia Bassora mientras yo emprendí el camino de Bagdad, no sin agradecerle el gran favor que me acababa de hacer.

A los pocos pasos ya iba yo interiormente llorando la pérdida de mis cuarenta camellos cargados de riquezas, por lo que decidí recuperarlos. Detuve los animales que llevaba y volví corriendo tras el derviche, el cual se paró

al oír mis gritos. Cuando llegué adonde él estaba, le dije :

—Hermano, se me ha ocurrido la idea de que vos sois un buen derviche alejado del mundo y que quizá no sabréis gobernar tantos camellos. Dadme diez y con treinta acaso os podáis manejar más fácilmente.

—No está mal—respondió el derviche—lleaos diez y que Dios os dé larga vida y sus bendiciones.

La facilidad con que conseguí aquellos diez camellos aumentó en mí la codicia, por lo cual, en vez de darle gracias, le pedí otros diez camellos más, a lo que él accedió sin repugnancia. Esto me movió a solicitar de él que me los cediera todos, y tanto rogué y supliqué y tales razones aduje, que terminó por cedérmelos todos, diciéndome :

—Llevad estas riquezas y haced buen uso de ellas socorriendo a los pobres y recordando que Dios os puede privar de ellas cuando guste.

Yo estaba tan obcecado, que en lugar de darle las gracias le pedí también la pequeña cajita que había guardado, suponiendo que

tendría aún más virtud que las riquezas. El me la ofreció generosamente, diciendo :

—Tomad, hermano mío, y por tan poca cosa no quedéis descontento de mí. Si os untáis con esa pomada alrededor del ojo izquierdo, veréis todos los tesoros que hay ocultos en las entrañas de la tierra ; pero si hacéis lo mismo en el derecho, quedaréis ciego instantáneamente.

Le rogué que me untase el ojo izquierdo, como así lo hizo, y al abrirle comprendí que era verdad lo que me había dicho, porque fueron infinitas y deslumbradoras las riquezas que se presentaron ante mi vista. Mas como para ver bien tenía que cerrar el ojo derecho con la mano, le rogué que me aplicase también allí el unto a fin de evitar incomodidades ; a lo que él me respondió :

—Ya os he dicho que quedaréis ciego inmediatamente.

—Veo que queréis engañarme—le respondí—, porque es imposible que la pomada produzca tan contrarios efectos.

Me imaginé yo que si untaba el ojo derecho con la mantequilla, se pondrían al alcance de mi mano todas las riquezas que veía con el

ojo izquierdo, por lo cual insté al derviche para que lo hiciese; él de ninguna manera quería acceder, mas por fin se rindió a mis súplicas. Apenas me puso el unto, traté con avidez de abrir los ojos; pero no veía más que sombras, y a los pocos instantes quedé completamente ciego.

Empecé a gritar desesperado y me arrojé a los pies del derviche para que me restituyera la vista; pero él me dijo:

—Ya te lo había advertido, incrédulo, la avaricia es la que te cegó. Dios te castiga y te despoja de tus riquezas: las daré a otros que sean mejores que tú y que las sepan utilizar bien.

Dichas estas palabras, se marchó con todos los camellos, dejándome allí solo y ciego, y allí hubiera muerto de hambre y pesadumbre a no haber sido por una caravana que se compadeció de mí y me llevó a Bassora y luego a Bagdad, quedando desde entonces reducido a la miseria. Para expiar mi falta me impuse la penitencia de recibir un bofetón por cada limosna.

Este es, gran Califa—terminó diciendo el

V

HISTORIA DE SIDI NOMAN

Señor—comenzó diciendo el joven de la yegua—hallándome yo con los bienes de fortuna suficientes para vivir con independencia y honradez, busqué la esposa que me pareció más adecuada a mi rango, con quien poder disfrutar una vida feliz y tranquila ; pero Dios no quiso que así fuese.

El mismo día de nuestro casamiento ya comenzó a exasperarme, pues durante el banquete de boda no quiso servirse de los cubiertos como hace toda persona bien educada, sino que sacó de su estuche un punzoncito con el que se puso a comer el arroz grano a grano. Me chocó aquel modo de obrar, y le pregunté algo molesto, aunque aparentando amabilidad :

—Amina, esposa mía, ¿por qué comes así?

¿Es por economía o por contar los granos de arroz? ¿Has de consumir diariamente el mismo número?

Ella no me hizo caso y continuó comiendo del mismo modo, no queriendo probar de las otras viandas sino un poquito de pan deshecho en migas. Supuse que no tendría apetito y no quise decirle nada. Lo mismo sucedió en la cena y durante las comidas de los días sucesivos. No podía yo explicar cómo Amina podía vivir con tan poco alimento; no obstante, ni la recriminé ni le dije una palabra áspera; tuve la paciencia de esperar a que el tiempo aclarase aquel misterio, como así sucedió.

Una noche, creyéndome mi esposa dormido, se levantó muy despacio y se vistió silenciosamente. Yo fingí dormir hasta que ella salió de la habitación, y entonces me levanté y desde la ventana pude verla que salía a la calle por una puerta secreta. Me vestí al instante y corrí tras ella hasta que entró en un cementerio, me subí a la pared, que era bastante baja y observé que Amina se hallaba en compañía de una repugnante vieja. Desenterraron entre ambas un cadáver que había sido sepultado aquel mismo día; la bruja arrancó

de él grandes pedazos de carne, y las dos comieron juntas y sentadas al borde de la fosa. Terminado su repugnante banquete, arrojaron en la sepultura los restos del cadáver y los cubrieron con tierra. Yo, asustado ante la horrible escena que acababa de presenciar, volví a casa precipitadamente y me acosté fingiendo que dormía. No tardó en llegar mi mujer y en acostarse, creyendo que yo nada sabía ni me había dado cuenta de su falta. En toda la noche no pude conciliar el sueño. Apenas rayó el día me vestí, fuí a la mezquita a rezar mis oraciones y marché a dar un paseo por la ciudad, reflexionando sobre la conducta que debía seguir con mi esposa.

Cuando nos sentamos a la mesa, mi mujer comió los granos de arroz uno a uno, según costumbre, y yo le dije con la mayor delicadeza posible :

—Ya sabes, Amina, que desde el día de nuestra boda me disgusta el verte comer de esa manera y, sin embargo, no te corriges. Te ruego me digas si la comida que nos dan no es mejor que la carne de muerto.

Comprendió mi mujer que estaba descubierta y se encolerizó de tal suerte que echaba



...la bruja arrancó de él grandes pedazos...

fuego por los ojos y le salían espumarajos por la boca.

Al verla tan descompuesta me quedé inmóvil y lleno de espanto. Ella se levantó irritada, cogió un vaso de agua, mojó en él los dedos y pronunciando un conjuro me roció el rostro, diciendo :

—¡ Infame ! recibe el castigo que por tu curiosidad mereces y conviértete ahora mismo en perro.

Instantáneamente quedé transformado en perro ; ella cogió un palo y me persiguió por toda la casa dándome tanto golpes que me hubiera matado si yo no hubiera podido salir a la calle dando aullidos de dolor. Todos los perros me siguieron tirándome terribles dente-lladas hasta que pude refugiarme en la tienda de un carnicero, el cual me defendió por entonces ; pero a la mañana siguiente me expulsó de su casa, por lo cual me dirigí a la de un panadero vecino que me acarició y me dió dos pedazos de pan, dejándome instalado con él. Yo le demostré mi agradecimiento acompañándole a todas partes dando aullidos y saltos.

En una ocasión fué a la tienda una mujer a

comprar pan, y entre las monedas que dió había una falsa. Mi amo se le devolvió pidiéndole otra, mas la mujer insistía en que era buena, por lo que mi amo dijo :

—Tan falsa es esta moneda, que hasta mi perro, que es un irracional, la va a conocer al instante. Ven aquí, Colorado, que así me llamaba.

Salté sobre el mostrador, y cuando mi amo extendió las monedas delante de mí, las miré todas y puse una pata encima de la falsa. La mujer dió otra moneda y se retiró confusa y avergonzada ; mi amo quedó absorto. Luego cundió por el pueblo la noticia de mi habilidad, y todos iban a comprar pan a mi amo, trayendo monedas legítimas y falsas para que yo las separase, con lo que el panadero hacía un gran negocio.

Un día en que yo estaba sobre el mostrador como de costumbre, entró en la tienda una mujer que puso delante de mí seis piezas de plata, entre las cuales había una falsa, que yo separé inmediatamente. La compradora me miró largo rato, pagó el pan, y al marcharse me hizo seña de que la siguiese. Comprendí que aquella mujer sospechaba mi desventura

y salí tras ella, mientras el panadero limpiaba el horno.

Cruzamos varias calles y ella no dejaba de mirar para mí por ver si la seguía mostrándose satisfecha. Cuando llegamos a su casa, me dijo :

—Entra que no te arrepentirás de haberme acompañado.

Subí hasta su habitación en donde se hallaba una joven de extraordinaria hermosura que estaba bordando. Era la hija de aquella mujer y conocía a la perfección el arte mágico, según demostró bien pronto.

—Hija mía—le dijo su madre—aquí te traigo el perro que conoce la moneda falsa ; le hice venir conmigo, porque yo creo que es un hombre transformado.

—Así es, madre, no os engañáis—repuso la joven—. Ahora mismo lo vais a ver. Si has nacido perro—prosiguió arrojándome agua a la cara—quédate como estás ; pero si naciste hombre recobra tu forma natural por la virtud de este conjuro.

Inmediatamente recobré mi primitiva forma y me postré a los pies de mi libertadora dándole las gracias. Después le referí todo cuan-

to me había sucedido, a lo que ella contestó :

—Sidi Noman, he conocido a Amina mucho antes de que te casases con ella, pues estudió conmigo la magia. Para concluir mi buena obra es necesario que tu mujer sufra el castigo que se merece. Tomad esta botella, marchad a casa y esperad a Amina, que está fuera y no tardará en volver. Apenas atraviese el umbral poneos delante de ella, pues tratará de huir asustada, y arrojadle inmediatamente esta agua diciendo : Recibe el castigo de tu perfidia.

Di nuevas gracias a madre e hija y me dirigí a casa, donde todo sucedió conforme la joven me había anunciado. Apenas mi esposa sintió el agua, dió un horrible grito y quedó transformada en yegua ; la cogí por las crines, le llevé a la cuadra y le di de latigazos hasta que me cansé, pero con ánimo de renovar diariamente el mismo castigo. Esa es la yegua que vió ayer Vuestra Majestad—terminó diciendo Sidi Noman.

—Comprendo—añadió el Califa—que es grande la infamia de tu mujer ; mas desearía que terminase pronto tan horrible suplicio, y espero que así lo hagáis.

Sidi prometió cumplir lo que el Califa le decía, y entonces éste, dirigiéndose al corde-
lero le ordenó que refiriese los medios de que
se había valido para adquirir de la noche a la
mañana su inmensa fortuna.

Cojía Hassan se postró ante las gradas del
trono y narró la historia que a continuación vais
a leer y que también es sumamente intere-
sante.

VI

HISTORIA DE COJÍA HASSAN

Hay aquí en Bagdad dos amigos, llamados, el uno Saadí y el otro Saad ; el primero es riquísimo y cree que la felicidad consiste en las riquezas ; el segundo sostiene que la dicha del hombre se cifra en la práctica de la virtud y que las riquezas sólo son necesarias para la materialidad de la vida. Disputaban un día ambos sobre si un pobre podía hacerse rico ; Saadí lo negaba, y para demostrarlo dijo que estaba dispuesto a dar cierta cantidad a cualquier artesano, convencido de que a pesar de ello seguiría siempre pobre ; y como a la sazón pasasen por delante de mi tienda y me vieses trabajar a destajo apuntó a su contrincante la idea de que hiciese conmigo lo que sostenía. Se acercaron adonde yo estaba y se informaron de que apenas tenía lo suficiente para



...el milano se arrojó sobre él y me lo llevó...

mantener a mi mujer y a mis cinco hijos, por lo cual Saadí me entregó una bolsa con doscientas monedas de oro para que montase mi tienda en mayor escala. Quise besar la mano a mi bienhechor; mas él no lo permitió, y ambos continuaron su paseo, dejándome enajenado de júbilo.

Subí a mi habitación y, para tener la bolsa segura, la escondí entre los pliegues del turbante, después de separar diez monedas con las que compré gran cantidad de cáñamo y una excelente cena. Cuando volvía con un buen trozo de carne para regalar con ella a mi mujer y a mis hijos, un hambriento milano se lanzó sobre mí con ánimo de arrebatármela. Al tratar de defenderme, se me cayó el turbante, y el milano se arrojó sobre él y me lo llevó, antes de que yo pudiese recuperarlo. A pesar de mis gritos, el pájaro prosiguió su vuelo, dejándome acongojado y triste.

Compré un turbante nuevo y tuve que volver a mi penosa situación de la que había esperado salir. Cuando referí a mi familia lo que me había sucedido, se apenó en extremo; mas cuando se enteraron los vecinos lo tomaron a broma. Lo que más me apenaba era que mi

bienhechor no había de dar crédito a lo sucedido, creyendo que sería un cuento inventado para justificar mi mala conducta.

Seis meses después volvieron a pasar los dos amigos por delante de mi casa y cuando se acercaron a informarse de mis asuntos, les referí con todos los pormenores lo que me había sucedido. Saadí no dió crédito a mi narración, suponiendo que yo había derrochado la cantidad en diversiones; pero Saad tomó mi defensa y contó varios casos parecidos, de milanos que habían arrebatado dinero y alhajas, con lo que se convenció Saadí y me dió otras doscientas monedas de oro, recomendándome que las guardara bien, y alejándose sin esperar que yo le manifestase mi gratitud.

Entré en mi casa con el dinero, puse aparte diez monedas de oro, envolví las restantes en un pedazo de paño y coloqué el paquete en el fondo de una vasija llena de salvado que estaba en un rincón, suponiendo que nadie iría a buscarlo allí. Cuando mi familia volvió, salí a comprar un poco de cáñamo que me hacía falta. Entre tanto pasó por la calle un vendedor de tierra para tiestos; se le ocurrió a mi mujer comprarla; pero como no tenía dinero

se arregló con el vendedor para cambiar un poco de tierra por la vasija de salvado. El vendedor se llevó la vasija y con ella mi tesoro ; así es que cuando yo llegué noté que el salvado y la vasija había desaparecido ; mi mujer me refirió sencillamente lo que había pasado y se entregó al mayor desconsuelo apenas le dije lo que contenía la vasija.

Tardé algún tiempo en serenarme por esta segunda pérdida ; mas no tuve otro recurso que sufrir y volver al trabajo. Todos los días me acordaba de mis buenos amigos y me asaltaba el temor de verlos entrar por la puerta. Estaba decidido a esconderme si los veía venir ; mas un día se presentaron de repente y tuve que referirles, avergonzado, las particularidades de mi segundo desastre, añadiéndoles que sin duda algún Dios no quería que yo fuese rico.

—No siento la pérdida de las cuatrocientas monedas de oro—dijo Saadí—, lo que siento es haberlas entregado a un hombre tan poco previsor y que no sabe sacar partido de la fortuna que se le entra por las puertas.

Saad entonces, queriendo sin duda continuar la prueba, me dió un pedazo de plomo

que acababa de encontrar en la calle y me dijo que lo guardara. Saadí se rió de la ocurrencia de su amigo, y yo, para no desairarle, guardé el pedazo de plomo.

Aquella misma noche un pescador del barrio, al arreglar sus redes, vió que les faltaba un plomo y, siendo ya tarde para ir a comprarlo, envió a su mujer por las casas de los vecinos para ver si alguien se lo prestaba. Después de mucho recorrer vino a preguntarme a mí si por casualidad tenía yo algún pedazo de plomo. Me acordé del que me había dado Saad y mandé a mi esposa que se lo entregase. Tanto se contentó la buena mujer que me prometió todo el pescado que su marido sacase de la primera redada.

El pescador arregló sus redes y salió bien temprano a buscar al sustento del día para su familia. De la primer redada sólo sacó un pez ; mas tan hermoso y grande como nunca lo había visto. Luego que volvió a la ciudad vino a ofrecérmelo, cumpliendo su promesa. Yo lo acepté agradecido, aunque valía más que el plomo. Mi mujer estaba loca de contenta y no sabía cómo aderezar el pescado, pues todas las sartenes eran pequeñas. Yo le dije que se

arreglase como pudiese y me marché a mi trabajo.

Al limpiar mi esposa el pescado halló en sus entrañas un grueso diamante, que tomó por un pedazo de vidrio, por lo cual se lo dió a los chicos para que jugasen. Estos no se cansaban de admirar la luz y los colores de aquel cristal, especialmente cuando empezó a obscurecer. Para disfrutar más de su juguete subieron a una habitación oscura donde todos se disputaban el placer de ver relucir de cerca el diamante. Como promoviesen por este motivo grande alboroto, subí allá a poner orden, y quedé admirado cuando supe el origen de la piedra y aprecié los hermosos reflejos que despedía y que pudieran muy bien ahorrarnos luz en casa.

Vivía al lado nuestro la familia de un judío, joyero de profesión, la cual oyó el ruido que hacían mis chicuelos mientras jugaban con el diamante, y al día siguiente fué la mujer del judío a preguntar a mi esposa la causa de aquellas voces; ésta enteró a la judía de todo lo que con el vidrio había sucedido. La judía lo miró detenidamente y contestó:

—En realidad esto no pasa de ser un pedazo

de vidrio, mas como yo tengo otro igual os lo compraré si lo queréis vender para que hagan juego.

Mis hijos empezaron a gritar al ver que se trataba de quitarles su juguete, por lo que mi esposa se vió precisada a decirles que no se vendería. La compradora tuvo que retirarse, no sin decir en voz baja a mi esposa que si tenía intención de deshacerse del vidrio la avisase antes. Después se fué a casa y explicó al joyero la preciosidad del diamante que acababa de ver, ponderándole tanto su mérito que el judío la mandó que volviese a ver a mi mujer y comprase la joya a toda costa.

Raquel, que así se llamaba la compradora, ofreció primero veinte monedas de oro, mas yo, que llegué en aquel momento, me callé como indicando que era poco; ella entonces ofreció cincuenta, a lo que respondí:

—Eso es muy poco todavía.

—Os daré ciento—añadió Raquel—; mucho más de lo que vale la piedra.

No doy el diamante por menos de cien mil monedas de oro—contesté—, y eso por consideración a vuestro marido, pues estoy seguro de que otros me darán más,

Raquel contestó que ella no estaba autorizada para ofrecer más, y me rogó que no vendiese el diamante hasta que lo viese el joyero, su marido.

Fué el joyero por la noche a mi casa, reconoció detenidamente la joya y me ofreció por ella setenta mil monedas de oro ; pero en vista de que yo me obstinaba en pedir cien mil, se avino a dárme las, entregándome como señal de la compra dos mil. Al día siguiente completó la suma y yo le cedí la joya.

No sabíamos en casa qué hacer con tan enorme cantidad. Después de muchos planes, adopté el partido de buscar a todos los cordeeleros de Bagdad para que trabajasen por mi cuenta, pagándoles yo generosamente. Alquilé grandes almacenes, monté la industria en gran escala, obtuve pingües rendimientos y mandé edificar la casa que ayer vió Vuestra Majestad.

Cuando Saadí y Saad fueron a buscarme en mi antigua morada, supieron por los vecinos mi cambio de fortuna y de habitación, y ansiosos por saber si el pedazo de plomo había sido la causa de mi encumbramiento, se presentaron en mi jardín. Corrí a saludarlos, los

abracé cariñosamente, les rogué que se sentaran y les conté la aventura del pescado y las consecuencias que me había traído, a lo que Saadí no quiso dar crédito.

Les rogué que se quedasen conmigo, y cuando se dignaron aceptar mi invitación, les hice servir una sabrosa cena y los obsequié con un concierto musical. Al día siguiente, en una preciosa barca, dimos un agradable paseo por el río que había en la finca, con lo cual mis amigos quedaron encantados, pues mi casa de campo era espléndida y mis bosques y jardines en extremo pintorescos.

Mientras nosotros paseábamos por las umbrías, mis dos hijos mayores, que se entretenían en buscar nidos, vinieron muy gozosos adonde estábamos, trayendo un nido que estaba labrado en un turbante. No tardé yo en reconocer que aquel turbante era el mismo que me había robado el milano, y me cercioré inmediatamente de que allí estaban todavía las ciento noventa monedas de oro que me había dado Saadí. Nuestra admiración ante este hallazgo no tuvo límites ; y cuando saqué la bolsa de entre los pliegues del turbante, el mismo Saadí reconoció que era la suya y se con-

venció de que yo no había faltado a la verdad.

Después de pasar en la quinta un día delicioso, montamos a caballo y regresamos a Bagdad cuando era ya de noche. Casualmente no teníamos cebada para las bestias y, como los almacenes no estaban abiertos, uno de mis esclavos compró en una tienda de la vecindad una vasija llena de salvado y la volcó en una artesa para que los animales comiesen. Mas encontró en el fondo de la vasija un envoltorio que se apresuró a entregarme sin examinarlo. Lo desenvolví y no pude contener mi admiración al hallar dentro mis ciento noventa monedas de oro. Enseñé el hallazgo a mis amigos, con lo cual acabaron de cerciorarse de mi veracidad y honradez.

Al día siguiente repartí todas aquellas monedas de oro entre los pobres de la ciudad.

Esta es la causa—terminó diciendo Cojía Hassan—de la riqueza que tanto os admiró ayer y que tan extraña y legítimamente adquirí, como acabáis de oír.

VII

HISTORIA DEL PRÍNCIPE AMED
Y DE LA HADA

Allá en tiempos muy antiguos reinaba en la India un soberano muy querido de todos los pueblos. Este soberano tenía tres hijos tan buenos como él, y se llamaban Husan. Alí y Amed. Habitaba además en palacio, la princesa Nuruniar, huérfana y sobrina del Sultán, a la que éste había educado con el mismo esmero que a sus hijos. Nuruniar era la admiración de todos por su hermosura, su talento y sus virtudes, así es que los tres Príncipes se prendaron de ella, lo que daba origen a grandes disgustos en palacio.

Viendo el Sultán que no podía avenirlos entre sí, los llamó un día y les dijo :

—Queridos hijos míos : ya que los tres pretendéis a la Princesa y no es posible avenirlos,

voy a proponeros una solución que sin duda os agradará. Ya sabéis que a mí me gusta todo lo que es raro y peregrino; pues bien, salid a viajar por distintos países de modo que no os encontréis nunca, y aquel de los tres que me traiga la preciosidad más notable será agraciado con la mano de la Princesa.

Los Príncipes acogieron con júbilo esta proposición, recibieron igual cantidad de dinero de su padre, hicieron sus preparativos y se pusieron en camino sin pérdida de tiempo. Los tres salieron vestidos de mercaderes, bien equipados y seguidos sólo de un oficial de su confianza, y cuando llegaron a un paraje donde el camino se dividía en tres, cada cual siguió por distinto rumbo, conviniendo antes en que al año debían de volver a reunirse allí y esperarse unos a otros a fin de presentarse juntos ante su padre.

El príncipe Husan se encaminó hacia el mar de las Indias, y viajando con distintas caravanas, al cabo de tres meses de atravesar ya áridos desiertos, ya fértiles poblados, llegó a Bisenagar, urbe grandiosa y magnífica que da nombre a su reino y que es, por lo tanto, la residencia habitual del monarca.

Posó el joven en una fonda frecuentada por extranjeros, y después se fué a uno de los cuatro barrios de la ciudad cerca del alcázar de los soberanos. Empezó a recorrer las calles y no salía de su asombro al ver aquellas magníficas tiendas surtidas con los géneros más llamativos del mundo, y las ricas joyerías atestadas de oro, plata, perlas y pedrería. No había ciudadano que no llevase valiosos collares y brazaletes e infinidad de joyas, lo cual daba alta idea del lujo y la riqueza de aquel reino.

Fatigado Husan de recorrer calles y admirar riquezas, entró a descansar en casa de un mercader, y estando allí sentado vió pasar a un vendedor con una alfombra al brazo y por la cual pedía cuarenta bolsas, aunque la alfombra tendría unos seis pies cuadrados. No comprendiendo el Príncipe la razón de tan exorbitante precio, llamó al vendedor y le dijo :

—¿Cómo por una alfombra tan pequeña pedís una cantidad tan grande?

—Señor—respondió el indio—vos mismo confesaréis que no es excesiva la cantidad que por la alfombra pido, cuando sepáis que sentándose en esta alfombra se ve uno trasladado

adonde quiera, colocándose inmediatamente en el paraje que haya ideado.

—Si la alfombra—dijo el Príncipe—tiene verdaderamente la virtud que le atribuyes, no sólo no me parece barata, sino que, además de darte por ella las cuarenta bolsas, te haré un buen regalo.

—Señor—replicó el vendedor—estoy pronto a demostraros la verdad de mis palabras. Como supongo que no tendréis ahí el dinero, vamos al parador donde vivís; en el patio nos sentaremos los dos sobre la alfombra y si no nos sube inmediatamente a vuestra habitación, será nulo el contrato y seré yo, el que os dé las cuarenta bolsas.

Fueron los dos a la posada y sentándose sobre la alfombra subieron al instante a la habitación donde se alojaba el Príncipe, el cual quedó convencido por sí mismo de la bondad de la compra y pagó las cuarenta bolsas ajustadas, más veinte monedas de oro en concepto de gratificación.

Altamente satisfecho el Príncipe con la compra que había hecho, y suponiendo que ninguno de sus hermanos encontraría prenda de más valor, ya se juzgaba esposo de Nuruniar,

y de buena gana se hubiera trasladado entonces mismo a palacio ; pero como faltaba bastante tiempo para que se cumpliese el plazo de la vuelta, se dedicó a estudiar las costumbres y el estado del país, admirando las riquezas que en todas partes había y las solemnes festividades que los indios hacían a sus dioses, en cuyos entretenimientos se pasó alegremente los meses restantes, hasta que un día él y su oficial se colocaron sobre la alfombra y en pocos minutos se encontraron en el lugar de la cita. Detuviéronse allí sin darse a conocer, y se decidieron a esperar a los dos Príncipes restantes.

Entre tanto Alí, el hermano segundo, se había ido a viajar por la Persia, y llegó por fin a Chiraz, después de cuatro meses de camino. Se hizo pasar por un joyero y se hospedó con los demás mercaderes compañeros de su expedición. Al día siguiente se vistió su mejor traje y empezó a recorrer los principales sitios de la ciudad, admirando las tiendas, los escaparates y las riquezas que por todas partes se veían.

Entre los vendedores vió pasar a uno que llevaba un tubo de marfil de un pie de largo y

de una pulgada de grueso y que pedía por él cuarenta bolsas. Quedó el Príncipe admirado de lo que aquel hombre pedía por tan poca cosa y le llamó para preguntarle, a lo que el vendedor le contestó :

—Señor, treinta bolsas son poco por este tubo, si se tiene en cuenta su mérito, pues en sus extremos hay un vidrio y mirando por él se ve cuanto se quiera.

Examinó el Príncipe el tubo aquel, miró a través de los vidrios y vió a su padre en perfecto estado de salud sentado en el trono y en medio de la corte, después vió a la princesa Nuruniar en su tocador, muy alegre y rodeada de sus doncellas. Con esto se convenció de que tenía en sus manos la prenda más preciosa que había en todo el universo y se apresuró a comprarla y a gratificar al vendedor con diez monedas de oro.

Entusiasmado con su adquisición y persuadido de que sus hermanos no habían podido hallar un objeto más precioso, continuó algunos días visitando el país de Persia y se volvió a su patria con la primer caravana que encontró. Cuando llegó, vió que su hermano Husan le esperaba en el punto convenido,

Amed, el tercero de los hermanos, tomó el rumbo de Samarcanda, y apenas entró en la capital, se le presentó un vendedor con una manzana artificial en la mano, por la que pedía treinta y cinco bolsas.

—¿Cuál es la razón—preguntó el Príncipe—de que pidáis treinta y cinco bolsas por una cosa que apenas vale una moneda de oro?

—Señor—le contestó el comerciante—esta manzana tiene la virtud de devolver completamente la salud a cualquier enfermo por grave que esté, basta sólo con que la huela el paciente para sanar al instante. Es fruta de los desvelos de un célebre filósofo que murió hace pocos días; y como su viuda gime hoy en el mayor desamparo con cinco hijos, se ha decidido a vender la manzana para procurarse los socorros que tanto necesita.

Mientras el Príncipe estaba ajustando la manzana con el vendedor, se reunieron allí muchos curiosos que confirmaban la virtud de aquel objeto. Entonces uno de los presentes dijo que tenía gravemente enfermo a un amigo suyo y que era buena ocasión para que el comprador se cerciorase de la virtud de la manzana.

Fueron en busca del enfermo, el cual curó apenas le dieron a oler la manzana, por lo cual el príncipe Amed la compró y regresó a las Indias lleno de impaciencia y con la primera caravana que para allá partió.

Reunidos ya los tres hermanos se abrazaron efusivamente, encareciendo la dicha de volver a verse sanos y salvos en el sitio de la cita.

Husan, como hermano mayor, tomó entonces la palabra y dijo :

—Dejando para otra ocasión el referirnos detenidamente las vicisitudes de nuestro viaje, me parece ahora lo más oportuno que cada cual manifieste el objeto que trae, para ver si podemos juzgar a quién preferirá nuestro padre. Yo adquiriré en Bisnagar la alfombra sobre la que estoy sentado y que tiene la virtud de trasladar en un momento de un sitio a otro al que sobre ella se sienta.

—Preciso es confesar—añadió Alí—que si la alfombra tiene la virtud que dices, es una alhaja ; pero yo traigo un tubo de marfil que también me costó cuarenta bolsas y que sirve para ver todo lo que se desee. Examínalo y verás que no te engaño.

Husan cogió el tubo con ánimo de ver a la

Princesa y se quedó atónito, exclamando de pronto :

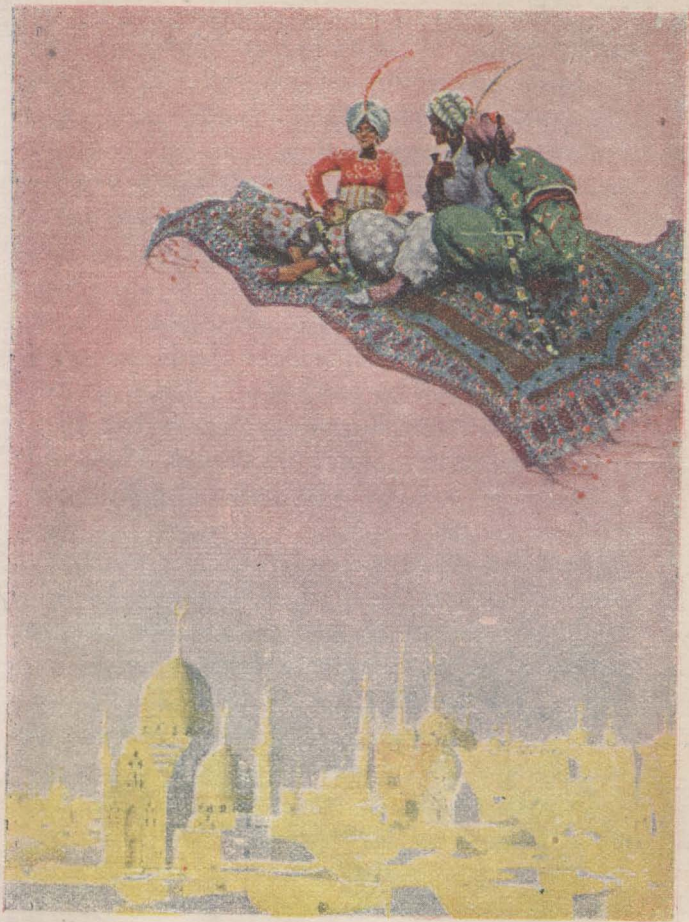
—Me parece que nuestro penoso viaje va a resultar inútil porque la princesa Nuruniar está tan enferma que dentro de pocos instantes habrá dejado de existir. La veo agonizando en el lecho y rodeada de doncellas, que lloran a lágrima viva. Tomad el tubo y cercioraos por vuestros propios ojos.

Sus dos hermanos observaron la triste escena con profundo desconsuelo. Entonces Amed, sacando la manzana, dijo :

—Esta manzana que aquí veis y que es la maravilla que yo traigo, tiene la virtud de curar a los enfermos, por muy graves que se encuentren, con sólo olerla, y no dudo que si logramos que la huela la Princesa, se pondrá sana al instante.

—En ese caso—añadió Husan—sentémonos los tres sobre mi alfombra y trasladémonos sin pérdida de tiempo a la habitación de nuestra querida Nuruniar, para restituírle la salud.

Sentáronse los Príncipes sobre la alfombra y en dos o tres minutos se vieron en el palacio de su padre, que se quedó admirado ante



Sentáronse los Príncipes sobre la alfombra.

aquel prodigio. Amed entró en la habitación de Nuruniar, le colocó la prodigiosa manzana junto a la nariz y a los pocos instantes la joven abrió los ojos, se incorporó y no tardó en pedir sus vestidos, encontrándose tan buena como antes.

Los Príncipes, después de manifestar su júbilo por la curación de la Princesa, se fueron a la habitación de su padre, presentándole los maravillosos objetos de que eran portadores, para que él decidiese en la contienda.

El Sultán oyó en silencio la relación que le hizo cada uno de sus hijos, y después de meditarlo algunos instantes, les dijo de esta manera :

—En justicia no puedo declarar, hijos míos, cuál es el vencedor. Es cierto que la Princesa se curó con la manzana de Amed ; pero ¿de qué hubiera servido la manzana si no hubieseis visto el peligro con el tubo de marfil y no hubieseis podido venir inmediatamente por medio de la alfombra? Aunque los tres objetos son utilísimos hay tanta igualdad entre ellos que no se puede decidir cuál es el más valioso. Es preciso recurrir a otra prueba, que debe de hacerse hoy mismo. Tomad cada uno un

arco y una flecha y marchaos a la llanura donde se verifican los ejercicios de caballería; allí dispararéis todos desde el mismo punto, y aquel cuya flecha vaya más lejos obtendrá la mano de la Princesa. Disponeos a realizar esa prueba, que yo voy inmediatamente al campo con los nobles que han de presenciar la contienda.

Apenas salieron los Príncipes y los nobles para el lugar del tiro, los siguió una gran multitud noticiosa de lo que allí iba a suceder.

El primero que tiró fué Husan, como hermano mayor que era; después Alí cuya flecha fué más lejos; y por último tiró Amed, cuya flecha se perdió de vista y no se pudo encontrar por ninguna parte, a despecho de todas las pesquisas que se hicieron.

Como era indispensable hallar la flecha para decidir el juicio, el Sultán declaró vencedor al príncipe Alí, que se casó de allí a pocos días con Nuruniar, celebrándose con este motivo largos y suntuosos festejos, a los que no quiso asistir ninguno de sus hermanos, pues Husan abandonó la corte, renunció al derecho que tenía a la corona y se retiró a la soledad a hacer vida de derviche, y Amed se decidió

a ir en busca de la flecha y no descansar hasta encontrarla.

Después que Amed anduvo de un lado para otro buscando su flecha, recorriendo en estas pesquisas cuatro leguas, vió junto a unas rocas una flecha tendida en el suelo, se acercó a ella con ansia y reconoció que era la suya, quedándose admirado de verla a tanta distancia y de que no estuviese clavada sino tendida. Retiróse a descansar y a meditar entre las rocas y advirtió una puerta de hierro sin cerrojo aparente, la empujó y vió una bajada suave por la que empezó a descender, siempre con la flecha en la mano. Después de recorrer un trecho obscuro, vió el Príncipe que la atmósfera se aclaraba poco a poco, siguió adelante y se encontró con un magnífico palacio situado en una gran plaza en la que había una hermosa joven de majestuoso porte que se adelantó hacia él seguida de un numeroso cortejo. El Príncipe aceleró el paso para presentarle sus respetos, y la dama le dijo :

—Príncipe Amed, acercaos y sed bien venido.

—Señora,—respondió el Príncipe admirado de todo lo que veía y oía—os doy gracias por

vuestro recibimiento, y os suplico me digáis cómo conocéis mi nombre y mi clase.

—Pasemos ahora al palacio y allá satisfaré vuestra justa curiosidad.

Entraron los jóvenes con su cortejo en un salón de asombrosa arquitectura, adornado de oro y plata y de muebles de inestimable valor; tomaron asiento en un lujoso sofá, y la joven se explicó de este modo:

—No extrañéis, Príncipe, que yo os conozca, pues soy hija de uno de los Genios que habitan el mundo, quizá el Genio más célebre y poderoso. Me llamo Parí Banu y estoy muy bien enterada de todo lo que sucede en vuestra familia. Yo fuí quien puso a la venta en Bisnagar la alfombra; en Chiruz el tubo de marfil, y en Samarcanda la manzana artificial. Y como me parecisteis digno de mejor suerte que la de casaros con la Princesa, me hallé presente en vuestro certámen y recogí vuestra flecha, haciéndola llegar hasta los peñascos en donde vos la recogisteis y animandoos a que entraseis en este palacio donde os espera la felicidad si la queréis aprovechar.

Amed, lleno de júbilo, besó la mano de la hada y se le ofreció por esposo, lo que ella

aceptó con sumo agrado. Aquella misma noche se celebraron las bodas en un grandioso salón cuyas paredes eran de mármol de diversos colores y con incrustaciones de perlas, esmeraldas, rubíes y diamantes. El banquete fué servido en vajilla de oro y plata y todo el palacio exhalaba embriagadores perfumes y ostentaba una variadísima iluminación. Al compás de la música bailaron casi toda la noche Hadas y Genios, y numerosos coros de cantantes festejaron a los desposados. Estos regocijos duraron muchos días.

El Sultán entre tanto, pesaroso con la resolución adoptada por su hijo mayor y con la desaparición de Amed, envió correos por todas partes para que le encontrasen ; pero sus esfuerzos fueron inútiles. Acudió entonces a una maga ; pero esta sólo pudo decirle que el Príncipe Amed no había muerto, aunque no sabía dónde estaba, cuya noticia consoló bastante al Sultán.

Por su parte, el Príncipe Amed, al cabo de seis meses de fiestas y regocijos en el encantado palacio, pidió a Parí Banu permiso para ir a ver a su padre, jurándole antes que volvería pronto. Ella a su vez le recomendó que

nada dijese al Sultán de su casamiento y que se limitase a decirle que vivía feliz y tranquilo.

Cuando el Príncipe Amed llegó al palacio de su padre, éste le recibió alborozado y derramando lágrimas de alegría, y el pueblo le aclamó por todas partes. Refirió el Príncipe al Sultán la aventura de la flecha, y le dijo que era dichoso y que vivía en medio de la felicidad y el lujo, rogándole que le permitiera guardar silencio acerca de su estado ; pero que vendría a verle alguna otra vez.

—Ya sabes que tu hermano Husan se hizo derviche—le dijo su padre—y que me veo sin mis hijos, por lo cual te agradezco que vengas a verme y consolarme todas las veces que te sea permitido, que yo nada te preguntaré acerca del misterio de tu vida.

Amed estuvo solamente tres días en la corte, y volvió al palacio de su esposa, la cual le recibió con mil demostraciones de alegría, y pasado un mes ella fué la que le recordó la obligación que tenía de volver a la corte.

Amed iba todos los meses a ver a su padre y siempre vestido con extraordinaria riqueza, por lo que los visires comenzaron a murmurar

y aun se propasaron a decir que el Príncipe trataba de atraerse a los pueblos para sublevarlos contra el soberano y apoderarse de la corona. Aunque el Sultán no dió crédito a tales patrañas y aun prohibió que hablasen mal de su hijo, resolvió averiguar el país en donde residía, a cuyo objeto llamó a la maga y le ofreció una buena recompensa si se lo descubría.

Cumpliendo la maga su misión, siguió al Príncipe una vez que éste volvía a su palacio, y le vió desaparecer entre las peñas; marchó a su alcance; mas no le fué posible descubrir la entrada ni la puerta de hierro. Volvió con las noticias que había adquirido a la presencia del Sultán, pidiéndole a la vez tiempo para proseguir en sus indagaciones.

Dos o tres días antes de que Amed repitiese su visita de costumbre se puso la maga en acecho quejándose como si tuviese grandes padecimientos y vestida con andrajos. Cuando el Príncipe salió por la puerta de hierro y vió a aquella mujer de aspecto miserable allí tendida, se acercó a ella preguntándole la causa de su malestar. La astuta maga respondió con voz débil que la habían sorprendido en el ca-

mino unas fuertes calenturas y que estaba próxima a expirar si no le prestaban inmediato socorro. El compasivo Príncipe la consoló y ordenó a los hombres que le acompañaban que la llevasen a la hada Parí Banu, a fin de que la atendiese debidamente. La hada la trató con todo esmero y mandó que la trasladasen a una habitación ; pero comprendió que la enfermedad de la maga era aparente y que se había introducido allí para conspirar contra el Príncipe.

Después que prodigaron a la maga las más cariñosas atenciones y le propinaron un poderoso medicamento, ésta dijo que se hallaba completamente buena, y las damas que la asistían la acompañaron por el palacio, enseñándole lo más notable que en él había, por lo cual ella dió las gracias a Parí Banu y se despidió, muy satisfecha de lo bien que la trama le había salido. Apenas atravesó la puerta dió algunos pasos atrás para reconocerla ; mas había desaparecido de la vista ; no obstante volvió a la ciudad altamente satisfecha y refirió al Sultán todo lo que había visto, por lo cual fué largamente recompensada.

Aquella misma noche habló el Sultán al Príncipe en estos términos :

—Acabo de saber en qué consiste tu felicidad y apruebo tu casamiento con una hada tan rica y poderosa. Sólo deseo que sigas viviendo conmigo en la misma armonía en que has vivido hasta el presente y que me ayudes en los apuros que tenga. Desearía que me demostrases el cariño que me tienes pidiendo a tu hada una tienda que se pueda llevar en la mano y bajo la cual pueda acampar todo mi ejército en tiempo de guerra.

Amed quedó desagradablemente sorprendido al ver que le había descubierto el misterio de su vida ; pero contestó a su padre en términos respetuosos y prometió pedir a su esposa la tienda de campaña.

Cuando el Príncipe volvió a la presencia de Parí Banu, ésta conoció que iba preocupado y le interrogó cariñosamente la causa de su tristeza. Amed le reveló el deseo del Sultán, mas Parí Banu prorrumpió en una estrepitosa carcajada al ver que se afligía por tan poca cosa y a los pocos momentos entregó a Amed una tienda que podía ser escondida en un puño y que además tenía la virtud de hacerse más

grande o más pequeña, según la gente que debiera cobijar. El Príncipe se apresuró a ir a la capital de su padre y entregó a éste la mágica tienda, que dejó admirados a todos los cortesanos. El Sultán dió repetidas gracias a su hijo en presencia de la corte y acto continuo, por insinuación de la maga, como había hecho la primera vez, le suplicó que le trajese un vaso de agua de la fuente de los leones, que se hallaba en el palacio de su esposa y cuyo maravilloso líquido tenía la virtud de curar toda clase de enfermedades.

Amed volvió algo disgustado por la petición de su padre y temeroso de que Parí Banu no pudiese acceder a sus deseos. Mas el hada al saber la nueva petición del Príncipe, le dijo :

—Voy a satisfacer a vuestro padre aunque es peligroso el conseguir lo que desea, pues la fuente está en un alcázar guardado por cuatro leones, dos de los cuales duermen mientras los otros dos vigilan ; mas yo os ayudaré para que podáis conseguir el agua sin peligro de la vida. Tomad una botella, cuatro pedazos de carne y este ovillo ; mañana al amanecer saldréis montado a caballo por la puerta de hie-

rro ; arrojad el ovillo, que se detendrá a la entrada del alcázar donde está la fuente ; al llegar allá se despertaran los leones ; pero no os intimidéis, echadles la carne, y mientras la comen llenad la botella y volveos a todo galope.

Hizo Amed lo que le había aconsejado el hada, y ya salía con su botella cuando vió que los leones le venían al alcance por lo que huyó precipitadamente y no cesó de correr hasta el palacio de su padre.

Presentó el Príncipe al Sultán la maravillosa agua de la fuente y le contó los extraordinarios medios de que se había valido para conseguirla. El Sultán se retiró entonces a las habitaciones del palacio a conferenciar con la maga ; y al día siguiente mandó llamar a su hijo y, una vez que le tuvo en su presencia, le dijo :

—Para convencerme del gran cariño que me profesas, te voy a hacer la última petición y es que me traigas un hombre que no tenga más que pie y medio de altura, con una barba de treinta pies de larga y que lleve al hombro una barra de hierro que pese quinientas libras y de la que se sirva como de bastón, y que sepa hablar.

—Veré el modo de traeros lo que deseáis, mi querido padre,—respondió el Príncipe, más apesadumbrado que la segunda vez y temiendo que aquella pretensión no se podría realizar.

Cuando el joven llegó al palacio de la hada y dijo a ésta los deseos del Sultán, Parí Banu le contestó :

—No os aflijáis, mi querido Príncipe ; el hombre que se desea es mi hermano Chaibar que tiene las condiciones exigidas por vuestro padre, y que lejos de parecerse a mí tiene un genio tan irascible que mata inmediatamente a la persona que le ofende ; mas en el fondo es muy bueno y servicial.

Mandó luego Parí Banu que trajesen un braserillo de oro con fuego y una caja del mismo metal, sacó de la caja un perfume que arrojó al fuego y se levantó una densa humareda en medio de la cual apareció Chaibar, de pie y medio de estatura, con su barra al hombro, larguísima barba, un bigote retorcido hasta detrás de las orejas, cabeza enorme cubierta con un gorro encarnado y puntiagudo, y con dos jorobas, una por delante y otra por detrás. Tan pronto como salió de entre el hu-

mo, miró al Príncipe con ojos sanguinolentos y encendidos y preguntó a su hermana :

—¿Quién es ese hombre?

—Mi esposo—respondió ella—, se llama Amed y es hijo del Sultán de las Indias ; en su nombre me he tomado la libertad de llamarte.

—Hermana mía—dijo el enano con tono dulce y complaciente—, basta que sea tu esposo para que yo le sirva como esclavo.

—Deseo que le acompañes a la capital de las Indias, pues el Sultán desea conocerte.

La Princesa refirió a su hermano todo que entre padre e hijo había sucedido, por lo cual el enano se puso a las órdenes de Amed y los dos salieron al día siguiente camino de la capital de las Indias. Los habitantes se aterrorizaron de tal modo a la vista de Chaibar que huían despavoridos. Nuestros viajeros hallaron desiertas todas las calles y plazas, y siguieron hasta el palacio del Sultán, encontrando allí al monarca rodeado de sus nobles y celebrando Consejo. Todos quedaron atónitos al ver que Chaibar atravesó el salón con la cabeza erguida, y dirigiéndose al Sultán le dijo con voz de trueno :

—Has deseado verme, y ya estoy aquí; ¿qué es lo que quieres?

El Sultán, lleno de horror ante aquel monstruo, se tapó la cara con las manos y no se atrevió a decir palabra. Chaibar, ofendido por el silencio de todos y por el frío recibimiento que le dispensaban, levantó la barra de hierro diciendo al Sultán :

—Habla.

Dicho esto le descargó tan terrible golpe en la cabeza que lo dejó muerto en el acto y sin que el Príncipe pudiese evitar tan tremenda desgracia. A continuación fué el enano mandando a los nobles que allí había y que eran los que más conspiraban contra el Príncipe Amed ; pocos lograron escaparse de esta carnicería.

Después salió Chaibar al patio y dijo al gran Visir que acompañaba al Príncipe :

—En este palacio hay una maga que es la enemiga irreconciliable del príncipe Amed, y deseo verla.

El gran Visir fué en busca de la maga, que no tardó en aparecer. Apenas se presentó ante el enano éste le dió muerte con su terrible bastón, al mismo tiempo que le decía irritado :

—Infame, aprende a fingirte enferma y a dar perniciosos consejos.

No contento Chaibar con lo que acababa de hacer, añadió que iba a matar a todos los habitantes de la ciudad y a no dejar piedra sobre piedra si no reconocían al Príncipe por Sultán de las Indias. Todos los que oyeron amedrentados estas terribles palabras se apresuraron a salir por las calles gritando: ¡Viva el Príncipe Amed! Antes de media hora ya se habían congregado allí todos los ciudadanos, aclamando a Amed. Chaibar mandó que le vistiesen el traje de Sultán, le instaló en el trono, hizo que le prestasen juramento e inmediatamente fué en busca de Parí Banu para que la reconociesen como Sultana de las Indias.

Los dos nuevos soberanos desde entonces continuaron viviendo en la capital hasta que terminaron sus días felizmente y dejando a los súbditos altos ejemplos de magnificencia y bondad.

FIN



